

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

9
Sumario

Fontaura: Encuesta internacional de CENIT: Unas opiniones de Ugo Fedeli.—Han Ryner: Francisco Ferrer.—M. Celma: Temas sexuales (La conferencia del profesor Branson en Toulouse).—Angel Samblancat: Tatarsal tridentino.—Vladimir Muñoz: El pensamiento vivo de Epicteto.—M. Llatser: Tribuna de libre discusión: Determinismo y voluntarismo.—Hem Day: Pacifismo científico.—Henry David Thoreau: De Walden o la vida en los bosques: Indumentaria.—Suno: Microcultura.—Juan Grave: Orientación anarquista (folletón encuadernable)

MARZO
1958

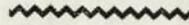
87

Revista Mensual

PRECIO: 90 FR.



NUESTRA PORTADA



PRIMAVERA

La primavera se anuncia y «Cénit» quiere llevarla al ánimo de sus lectores evocada por este magnífico paisaje de los jardines ingleses, los más bellos del mundo cuando el cielo se muestra clemente y el clima vence las nieblas y los fríos.

La Naturaleza tiene una forma muy suya de hablar al alma humana. Y ningún pintor, por ricos que sean su imaginación y su paleta, será capaz de superar las maravillas que ella prodiga en el verdor de las plantas y en la sinfonía de colores de las flores y de las hojas. Como el mejor jardinero del mundo, no llegará a igualar la disposición natural de estos jardines creados por la propia naturaleza y que el hombre se limita a proteger y a conservar.

Un hermoso paisaje, un rincón luminoso y verde, son tan buenos para el espíritu y tan bellos para la visita, como el más precioso cuadro, la sinfonía mejor de Beethoven, la más perfecta belleza de mujer o de hombre. Y todo ello contribuye a probarnos que la vida es digna de ser vivida, apesar de todo lo que han hecho, para afearla, los enemigos del género humano.

CÉNIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción: Federica Montseny, José Borraz,
Miguel Celma.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz,
Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz,
Herbert Read, Hem Day, J. Carmona
Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo
Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol,
Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce
Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré,
Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre,
250 francos; Semestre, 500 francos. — Exter-
rior: Trimestre, 270 frs.; Semestre, 540 frs.

Número suelto: 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir
de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Encuesta internacional de CENIT

UNAS OPINIONES DE UGO FEDELI



AY personas acerca de las cuales uno vacila en hablar. Me refiero de un modo particular, a elementos libertarios harto conocidos por su intensa actuación. Es Fedeli una de esas personas; uno de estos compañeros bien conocidos, al extremo de que toda presentación resulta ociosa.

Si el individuo se retrata, por así decir, evidencia lo que es, por lo que representan sus propias obras, Fedeli, a través de su abundante producción, diseminada, y por espacio de años, en las más representativas publicaciones libertarias de uno y otro Continente, ha evidenciado, con claridad meridiana, cual es su sentir en cuanto a los problemas, de una o de otra naturaleza, que puedan interesar al anarquista con inquietud intelectual y aguda curiosidad, abierta a cada uno de los puntos cardinales del pensamiento.

Desde muy joven, Fedeli mostró una singular simpatía por el ideario anarquista. Su dinámica propensión temperamental le determinó a viajar, y a desarrollar una actividad febril, propia de ese período, en los primeros decenios del siglo, en que la acción y la propaganda iban paralelas. Los años han ido pasando; la experiencia ha ido consolidando conocimientos, elaborados a lo largo de la ruta. Hoy Fedeli es el compañero que, oteando el horizonte social con mirada serena, conpulsó lo vivido con la realidad de todos los días. Y en sus estudios biográficos, relacionados con Galleani, con Fabbri, al respecto de Tolstoi, o de otros, busca entresacar lo que en ellos puede haber de ejemplaridad, y lo que puede, a través del tiempo, quedar como valor perdurable.

Las preguntas que le han sido formuladas, evidentemente, le daban margen a extensas digresiones, la relativa limitación de espacio que se da a una encuesta, ha frenado un tanto su expresión, buscando quizás desarrollar en otra ocasión—me dice—en uno o varios artículos, y de un modo más extenso, algunos de los matices del cuestionario que le he presentado.

He ahí las respuestas de Ugo Fedeli en torno a unas cuantas preguntas, relacionadas con el ideario anarquista:

—¿Cuáles son, y en qué sentido, los teóricos libertarios, de fines del siglo pasado, que más han contribuido al conocimiento del anarquismo en Italia?

—Los teóricos que hacia fines del siglo pasado mayormente contribuyeron a dar a conocer el anarquismo en Italia no son tantos como cualquiera pueda imaginarse.

»Además de Malatesta, que es aún el teórico más atendido y estudiado, cuyo pensamiento resulta siempre actual, como si brotara ahora de su pluma. Con otra característica y calidad, por supuesto, hemos de recordar a Pedro Gori, que propiamente dicho no ha sido lo que podemos llamar un teórico, sino más bien el poeta de la idea anarquista. Pero su peculiar manera de exponer el pensamiento, toda su característica y cualidad, en el particular período histórico de su vida y actuación, respondía al modo de sentir y de interpretar los acontecimientos; de comprender y de hablar al hombre y al militante anarquista, que entonces se encontraban codo con codo en todas las organizaciones obreras y políticas de tendencia un tanto socialista. En Gori relucía toda una sensibilidad romántica. Hablaba siempre, y sobre todo, al corazón. Aun aquellos hombres de un modo de ser rudo, tenían un corazón sensible y fácilmente se dejaban llevar de la influencia, del impulso, de aquel que les hablaba.

»Mas, si Pedro Gori ha ejercido una muy grande influencia, contribuyendo ampliamente en hacer conocer el anarquismo en Italia, hoy, en lo que se refiere a los jóvenes, además de que casi no se le lee, apenas si se le comprende. Todo su razonamiento sentimental deja completamente indiferentes a los jóvenes que, en cambio, sienten siempre la fuerza del razonamiento sencillo, sin ningún floreó, que les vaya al cerebro. De ahí que más bien se inclinen por Malatesta, cuya influencia ha sido y continúa siendo considerable.

»Otros pensadores, como Kropotkin, tuvieron gran ascendiente, contribuyendo de modo intenso en la forma-

ción del nuevo militante y del teórico, que, a su vez, influirían en todo el movimiento y a la opinión en general en los albores de nuestro siglo, como Luigi Galleani y Luigi Fabbri, mas la influencia permanecerá siendo malatestiana. La relativa influencia ejercida por Kropotkin en Italia, diferentemente de Francia donde ésta fué muy intensa, se debe al hecho de que su obra más importante fué tan sólo a principios del siglo traducida al italiano. Por ejemplo, «La conquista del pan», una de las primeras que fué traducida, data su edición inicial de 1903.

»En cambio Malatesta, formado con el movimiento anarquista, ha sido indiscutiblemente el teórico que ha contribuido, en Italia, a dar al movimiento internacionalista, en los albores de la organización obrera, el contenido que particularmente le debe ésta a anarquismo.

»Fueron también relevantes figuras, como Cafiero, Fanelli y muchos otros, conocidos incluso fuera de Italia, pero no alcanzaron a superar el período de la Internacional en el cual las ideas eran aún muy vagas y confusas. También Andrea Costa, que había estado con Malatesta, y toda la fracción del internacionalismo bakunista, pasó al Partido Socialista, adoptando sus métodos y su finalidad.

»Otro teórico muy importante lo fué Saverio Merlino, quien llegó un momento en que abandonó las ideas que en un principio había sostenido, y en las que había dejado acusada impronta. Había hecho un profundo análisis de la situación político-económica italiana, sacando de ello una conclusión libertaria; había efectuado una ceñida crítica de los métodos legalistas de los socialistas, oponiéndoles la posición y las conclusiones anarquistas. Al respecto de Saverio Merlino, ahora se están reeditando sus escritos, que son aún verdadera fuente de enseñanza por las observaciones hoy valederas, y por la crítica aguda contra la socialdemocracia alemana, que fué la creadora de esa mentalidad cerrada y sectaria, heredada más tarde por los bolcheviques, mentalidad que se deja sentir y que tanto daño hace al desarrollo de la idea socialista.

»Aunque en diversa medida y con distinta característica, los teóricos que mayormente han contribuido al conocimiento y consolidación de la idea anarquista en Italia, a fines del siglo pasado, son, de un modo directo: Enrique Malatesta, Pietro Gori, Saverio Merlino, y de un modo más indirecto, Pedro Kropotkin.

»Supondría caer en profundo error olvidar a Miguel Bakunin. Militó en Italia y a compañeros italianos envió algunas de sus cartas, que son una amplia si no completa exposición de sus ideas; el examen de una situación particular, resultando al fin verdaderos opúsculos de exposición teórica. Mas, la influencia de Bakunin es, sobre todo, formativa. Ella se dejó sentir entre los primeros internacionalistas. Es a él a quien se debe el haberse creado la corriente anarquista en el socialismo italiano. De él dimana aquel socialismo insurreccional que en Italia alcanzó episodios destacados, pudiendo citarse, como el más notable, el de la famosa banda del Benevento, en la que tomaron parte, entre bastantes más, Carlos Cafiero y Errico Malatesta. A Bakunin se debe la fundamentación en el socialismo del ideal anárquico. Con su obra de diferenciación, con sus discusiones sostenidas, por una parte, contra Mazzini, y de otra contra Marx. Gracias a su labor se formó la primera Sección de la Internacional; y bajo su influencia se acercó ésta al movimiento anárquico. Y fué gracias a él si Cafiero, Fanelli, Costa, igual que Malatesta, se fueron formando a la idea anárquica, como ha sido por su

directa actividad y la influencia ejercida por su pensamiento que se ha ido creando la importante serie de teóricos y propagandistas de la idea anarquista, que al principio de nuestro siglo, en Italia y en otras partes, afirmando dicho ideal, nombres como el de Luigi Galleani, Luigi Fabbri y Luigi Bertoni, los más importantes teóricos y propagandistas después de Malatesta.»

—¿Supera el movimiento anarquista actual, en Italia, a lo que era a últimos del siglo pasado?

—Como en otras partes, también en Italia el movimiento anárquico, indiscutiblemente, supera hoy en importancia —por haber una más clara precisión en las ideas y por la cantidad de adherentes—a lo que fué el movimiento anárquico de fines del siglo pasado, cuando en Italia regía siempre la ley de excepción antianárquica, según la cual, bastaba declararse tal para ser inculcado, procesado y condenado por asociación con miras a delinquir. Más importante que entonces, aunque, en relación a otros partidos: el socialista y el comunista, alcanza una proporción exigua, sea por las acentuadas dificultades financieras, sea porque no se ha sabido aún llegar a un continuo y regular renovamiento de los viejos cuadros. La razón de la dificultad en asumir el movimiento anárquico un verdadero y propio carácter de movimiento de masas, está, sin duda, en querer exigir mucho de los jóvenes y de los nuevos que afluyen en sus filas. Mas, en esta su exigencia reside una de las fundamentales características de nuestro movimiento, que busca, ciertamente, el número, mas exige la calidad.

»Evidentemente, los tiempos han cambiado, y los problemas que ahora se deben resolver son de carácter diverso, y las condiciones en que hoy se desarrolla nuestra acción son diferentes de las de hace sesenta años. El período heroico que ha caracterizado el último decenio del siglo pasado ha sido superado. Entonces era la lucha a cuchillo por la existencia; era una tenaz labor por el sostenimiento. Del período «Heroico» tenemos muchos episodios y no pocos exponentes. Habíamos tenido a Santos Caserio, que atentó contra la vida del Presidente de la República, Sadi Carnot. Habíamos tenido a Gaetano Bresci, que, con su acto, marcó un cambio profundo en la política italiana. Y cito sólo estos nombres por ser ya muy conocidos.

»Con el nuevo siglo los problemas son menos generales y específicos, pero más característicos de la lucha afectando a la clase trabajadora, pasándose a la organización de esta lucha entrando en el sindicato y promoviendo manifestaciones populares. A la lucha terrorista se volverá solamente cuando una reacción bestial lo determine, como lo fué la fascista, impidiendo toda posibilidad de actividad y exposición de ideas. Y en el período fascista tuvimos a Lucetti, Sbardellotto, y Schirru, que, en diversas circunstancias, atentaron a la vida del «duce».

—¿Qué concepción tienes formada con referencia a la concepción voluntarista del anarquismo, que se atribuye a Malatesta?

—La concepción que es peculiar de Malatesta, quien ha sido uno de los exponentes más calificados en Italia, siempre ha tenido raíces muy profundas, habiendo dado al movimiento anárquico una fisonomía y una corriente muy particular que acaso no sea la más y mejor comprendida y sentida de los jóvenes habituales, primero, por el fascismo, luego, de inmediato, por el bolchevismo, a la formación de partido férreo y a la concepción autoritaria,

donde la voluntad del hombre es un factor que no cuenta para nada.

«Una tan importante particularidad nuestra es tan poco considerada que muchos, no teniéndola en cuenta, no llegan ni tan siquiera a comprender nuestra posición y nuestros medios de lucha y de acción. En verdad se hablan dos lenguas distintas: autoritaria y libertaria voluntarista. Y los dos movimientos no solamente son diferentes por la idea que les informa, sino por moverse en vías que no son paralelas.»

—¿Consideras acertado lo que llamaba Luis Fabbri «influencias burguesas en el anarquismo»?

—Luis Fabbri definía «influencias burguesas en el anarquismo» aquellas caracterizadas por algunas actitudes a lo superhombre que encontramos en algunos, que en realidad no han comprendido el anarquismo ni el principio moral que del mismo se desprende. Así creen hallar en esta idea un manto bajo el cual poder esconder toda suerte de contrabando. Es éste peligro siempre existente. Algunas veces, los tradicionalmente liberales, que económicamente son reaccionarios, usan un peculiar lenguaje contra el Estado que se ocupa de sus asuntos, no contra el Estado gendarme. Alguno lo interpreta como cosa nuestra, y evidentemente, se equivoca profundamente, puesto que las dos tendencias quieren cosas hondamente distintas. Los problemas del mundo del trabajo son también los nuestros, y es con el que debemos marchar y dar a sus adecuadas soluciones un sentido libertario, pues es sobre todo con el mundo del trabajo que podemos realizar aquella forma de sociedad que anhelamos.

—¿En qué sentido estimas que las biografías pueden tener un valor estimulante?

—Un reproche que frecuentemente se hace a los anarquistas es el de hablar mucho, demasiado, de los hombres del pasado, de aquellos que han contribuido en algo a la comprensión y a la difusión de la idea anárquica. «Habláis siempre del pasado y descuidáis el presente»—se dice—. En verdad es éste un reproche sin fundamento, porque menos que cualquier otro movimiento o grupo de afines por ideas, que se refieren a sus hombres, hablamos nosotros de los nuestros. Así, pues, lo más exacto sería el reproche en sentido inverso: entre los anarquistas se habla poco de sus propios elementos y de lo que se ha representado en determinados momentos y movimientos. En muchos casos se está casi en la imposibilidad de conocer incluso la edad de un militante nuestro. ¿Es pues exacto el reproche? No; el conocimiento de la vida de quien ha destacado por su buen juicio, por su valor, por el vigor en superar momentos difíciles de lucha, se transforma siempre en una enseñanza, en un estímulo para obrar y resistir incluso los momentos difíciles de la adversidad.

«Los anarquistas, como el resto de los hombres, tienen necesidad de saber que su trabajo no queda aislado, que no es sólo de un pequeño grupo que labora separado del resto del mundo, sin vínculos con el pasado y sin esperanzas en el porvenir, sino que igual cometido, y hasta en peores condiciones, ha sido realizado por otros. Se quiere conocer cómo y en qué condiciones se ha procedido, se ha sabido afirmar la propia idea y cómo se ha logrado elaborarla; cómo se ha sabido vencer la hostilidad que la rodeaba; conocer el papel desempeñado y la influencia que a idea ha ejercido así como la acción desarrollada en un momento determinado y en tal acontecimiento. Una tal necesidad se siente por parte de todos, mas a nosotros, anarquistas, nos lo sugiere la conveniencia de demostrar que

aun siendo el mejor de los nuestros un simple hombre, jamás un superhombre, o algo así como un monstruo de bondad o de crueldad, sino un hombre verdadero como los demás hombres, como nosotros; e igualmente todo cuanto ha hecho es posible que sea hecho por otros, por todos nosotros. Es ésta la enseñanza que se deduce siempre del conocimiento relativo a la vida de nuestros precursores; de los militantes que nos han precedido. Hombres que alguna vez han sentido, como todos nosotros, un instante de debilidad, de vacilación, o han tenido impulsos insuficientemente razonados, han experimentado errores. Mas han hecho también muchos cosas bellas e interesantes. Mas lo que sobre todo, en cada uno mayormente interesa es saber dónde y cuándo estos hombres, que surgieron del seno de la masa, han sabido conservar vivaz aquella fuente de entusiasmo que ha logrado mover a otros hombres. Como han formado su profunda capacidad de observación y de crítica, así como en la elaboración de ideas, igual que el hallar tanto poder de resistencia en la lucha, superando incluso la derrota, ocasionada por causas diversas, y siendo, por su constitución, iguales a los componentes de la masa. ¿Acaso no leemos muchos libros? Toda la literatura busca, al no hallar el propio protagonista vivo, verídico, inventa alguno, dándole vida y personalidad. Vivimos con el protagonista, sufrimos y gozamos con él. Sus palabras, su acción, toda su vida, sirven de enseñanza, y más aún cuando sabemos que estos protagonistas son hombres reales.

«Las biografías sirven siempre de enseñanza, y según mi opinión, incluso son la parte más eficiente en la exposición de nuestras ideas, porque reconstruyendo la vida de un militante, se alcanza a hacer vivir juntos ideas y hombres, hacer que se muevan en la vida; verlos en el tormento de la elaboración de la nueva idea, combatidos por todos, continuando en su labor sin tener para nada en cuenta los posibles beneficios pecuniarios, deducidos al tomar una actividad dirigida en otro sentido. Verlo, por así decir, atado, preocupado más aún de su ideal y de sus afirmaciones que de su propia vida. Hay otras numerosas razones, pero sería detenerse con exceso en esta cuestión que, al fin, representa un solo detalle de todo el cuestionario.»

—¿Qué conclusión, para nuestros días, podríamos sacar de la historia del movimiento obrero en general?

—Por ejemplo: como se habla de un hombre, entre la gran masa de los otros hombres, y se le observa, haciendo resaltar de un modo particular, presentándolo en un momento de la historia general como protagonista, y hablando de él, si hay ocasión de hablar; el resto de los hombres que lo han rodeado y de todo un particular período o acontecimiento de la historia, de tal manera ha de ser importante ver en su conjunto y en el detalle determinado período histórico, o determinado movimiento circunscrito a la historia. Uno bien característico es el que se refiere al nacimiento, desarrollo, y la dirección asumida, una y otra vez, por el movimiento obrero. No hay que olvidarlo, esa es la palanca que permitirá renovar, aunque sea lentamente, todo el viejo mundo. Imprimirle características nuevas y distinta dirección del viejo. Un movimiento político que se presente como elemento renovador de la vida política y social de su tiempo y que esté separado del movimiento obrero no representa nada y fuera de la historia y del tiempo no es nada. Toda la historia del movimiento obrero va estrechamente enlazada a aquellas ideas de libertad y de progreso social, que si se quiere hablar de la evolución de éste no se puede hacer a menos de hablar de

la historia y de la evolución de aquél, aunque no siempre el movimiento obrero, en su conjunto, sigue una línea recta, una ruta exacta, ello representa siempre la vida y el medio que puede llevar el progreso y el renovamiento político social.

»Ahora el movimiento obrero está tomando nuevas características impulsado por otros factores que no son los que le eran propios hace cincuenta años. Mas es todo en el mundo que cambia y va continuamente cambiando. Las ideas todas, para proseguir siendo algo vital, deben a su vez modificarse, renovarse. Es así como pueden responder a las nuevas exigencias, indicando la nueva vida.

»El socialismo, interpretado en el amplio sentido de la palabra, y no en el aspecto restringido de partido, era aún ayer una utopía, cuando el progreso mecánico no había llegado adonde actualmente se encuentra: a la posibilidad de dar al hombre el bienestar económico y la libertad, empezando por la conquista del pan cotidiano. Lo que ayer parecía una utopía es hoy una verdad incontrovertible. El conocimiento de la historia del movimiento obrero, ofreciendo luz acerca de la lucha sostenida y el camino recorrido para llegar a su consolidación, aclarando al mismo tiempo la ruta que debemos seguir, y con el conocimiento de las preocupaciones pretéritas, resulta más fácil valorar las nuestras, pudiendo marchar adelante de una manera más expeditiva.

—¿Estimas que las concepciones teóricas de los que podríamos llamar «clásicos del anarquismo» continúan siendo valederas en nuestros días?

»Te parece que puede haber países más apropiados que otros para los efectos de la propaganda anarquista?

»¿Cabe, ateniéndonos a las características de nuestra época, confiar en una evolución progresiva del anarquismo, internacionalmente considerado?

»¿Puede la propaganda anarquista contrarrestar suficientemente el sentido practista de nuestro tiempo?»

—Aunque el anarquismo se ha ido modificando, precisando la propia textura y sus métodos de lucha, que no podía ser de otro modo; lo que ha sido básico en los «clásicos» ha permanecido igual, y lo será aún por mucho tiempo, puesto que la aspiración a la justicia política y a la igualdad económica y social en la libertad no se ha realizado. Pero, más que en el campo teórico, en el de la práctica cotidiana, en la lucha de cada día se siente una constante necesidad de renovación de los medios de desarrollar la acción. La valuación de los hechos y de los acontecimientos varía de período en período, incluso algunas veces de acontecimiento en acontecimiento, pero la sustancia y la dirección de la lucha es siempre igual.

»No es cosa de simplificar con un ejemplo cualquiera por cuanto podría ser interpretado de un modo inexacto, pero en todo cuanto hace referencia a nuestra obra verdaderamente clásica es siempre importante. Cuando a fines del siglo pasado, Pedro Kropotkin escribía su famosa «Conquista del Pan» a muchos lectores les parecía que entraban en el mundo de un «sueño». Les parecía hallarse ante una cosa tan lejana que, incluso estimando la obra interesante, en definitiva la tildaban de utópica. Entonces toda la argumentación que tenía que desarrollarse para ilustrarla era profundamente distinta de la que se ha de desarrollar ahora, cuando datos, proposiciones y sugerencias presentados en la obra de Kropotkin se muestran de día en día, no como lejanas realizaciones sino en actos.

»El problema es siempre del trabajo y de las horas que se deben dedicar cada día. Mas la reducción de este hora-

rio es un hecho que actualmente se lleva a cabo de manera bien distinta de cuando se inició la agitación por la conquista de las ocho horas.

»Los acontecimientos de estos últimos años, por otra parte, han demostrado claramente que, sin la libertad se puede crear un mundo en el que el trabajo lo es todo, pero en que el trabajador, el hombre, no cuenta en la proporción debida; donde el socialismo a que el hombre aspira no resulta posible.

»Por consiguiente, la concepción teóricamente clásica del anarquismo es, más que nunca, valedera, aunque, en tal o cual país la dictadura imperante imposibilite hablar de libertad y de cuáles son los caminos que a la libertad conducen. Dadas las ideas y hábitos que se inculcan a los jóvenes, en tales países tropieza el anarquismo con grandes obstáculos.

»Indiscutiblemente, es propio, dada la particular característica que va asumiendo nuestra época de una elevada propensión a la regimentación, considerar el conformismo como una máxima virtud. De ahí que sea más viva la necesidad por parte de los hombres con iniciativa y capacidad para resolver los problemas que se les presentan. El anarquismo tiene la posibilidad, no sólo de afirmarse y seguir una progresiva evolución, sino de influir a su alrededor de manera siempre más sensible al sentido «practicista» que caracteriza nuestro tiempo.»

—¿Qué lecturas aconsejarías a la juventud, susceptibles de interesarles en las ideas libertarias?

—Difícilísimo resulta aconsejar lectura para gentes a quienes no se conoce, dado su diverso grado de cultura, por las diversas sensibilidades y actitudes. Dado que soy bibliotecario en una gran biblioteca, sé lo que supondría de erróneo y contraproducente el trazar líneas generales y genéricas de lecturas. Es siempre según el interés particular de cada uno que se puede aconsejar un libro más bien que otro. A algunos serán los libros de ciencia que despertarán el interés para la busca de los medios, del modo de ayudar a los hombres a liberarse de la esclavitud. Para otros será el conocimiento de la historia o de los hechos históricos. Otros aún apetecerán la novela, que muchas veces, además de hablar al cerebro, se dirige también al corazón y al sentimiento. La tarea de hallar obras que encuadren estas diversas cualidades es difícil. Diré también que quizás sea en las biografías, estando bien hechas, que se pueden representar resumidas estas diversas cualidades.

»Prácticamente, al joven de hoy le sugeriría la lectura, más que de obras teóricas (las de Bakunin, incluso hoy, son siempre válidas y vivas) algún estudio sobre la revolución rusa, o algunos episodios que la han caracterizado. Mas aún; ciertamente, es más importante, pese a la derrota, lo relativo a la revolución española. Y libros que reasumiendo las ideas de cualquier teórico, lo presentan tal como fué en la vida. Así: Eliseo Reclus, Errico Malatesta, Miguel Bakunin, Pedro Kropotkin, etc.»

—Es conveniente la violencia en algún aspecto de la acción anarquista?

—La posición absolutista: violencia, sólo violencia, o su extremo opuesto: no violencia, me parecen absurdos. En la vida no nos encontramos siempre ante situaciones que continuamente se repiten, enriqueciendo una única y preestablecida posición y actitud, sino que éstas son múltiples. No se puede decir que la posición de no violencia, pongamos por caso, válida en Inglaterra, sea igual válida y aprovechable en España, donde existe una situación

bestial y de bestialidad. Personalmente no estoy por la violencia a toda costa, sino por una acción razonada que tenga en cuenta las particulares situaciones y condiciones.»

—¿Crees que algunos aspectos del movimiento anarquista actual son susceptibles de revisión?

—Sí—hablo, se entiende, sólo de un detalle, sin que, de un modo particular trate excesivamente de profundizarlo—sobre todo en cuanto se refiere al principio, aún radicado en muchos, de conservar una sistemática anti-organización. La organización, siempre válida dígame lo que se quiera, es fundamental en la acción anarquista. Lo que fué una característica de un momento determinado, necesita, hoy más que nunca, ser superada, ya que hoy no tiene sentido. Ser anarquizante, he dicho en otra parte de esta contestación, era delito; ser anarquista era delito aún más grave, como el asociarse. Por consiguiente, entonces era comprensible, indispensable podría decirse, la lucha y la acción en sentido disgregado. Mas, ahora que es posible reunirse, discutir, llevar adelante iniciativas y entrar en una amplia lucha; ahora que todo es fruto y resultado de organización, la asociación es indispensable para no ser, al menos, relegado a un ínfimo lugar.

—¿Tienen las corrientes filosóficas de nuestros días matices que puedan ser asimilados por el anarquismo?

—Aquellas que por vías diversas, en el socialismo y en todo movimiento colateral tienden a la descentralización, a la valorización del hombre, de la personalidad humana en una vida socialmente y políticamente igualitaria.

»Mas para ilustrar claramente esta pregunta tuya, la exposición tendría, ciertamente, que ser extensa, y al no emplear el tiempo necesario queda muy condensada.»

—¿Responde la propaganda anarquista de nuestros días a las características de la actual era atómica?

—¿Cuáles son las características de la era atómica? Sobre todo la revolución en el modo de producción y de trabajo que puede conducir a una revolución más vasta y profunda en todos los otros sectores. Y es esta obra que se debe incluir en la del anarquismo, en el sentido de favorecerle, acelerarle; precipitar tal revolución del campo técnico al moral y económico-social.

»Aunque ahora la era atómica parece significar solamente guerra, y como todas, destructiva; ofrece posibilidad de vida, la inclusión cada vez más intensa de la propaganda, de la actividad anárquica en el campo del pensamiento y de la acción en general podrá transformar en una era de progreso, como es auspiciada por todos los hombres de corazón.»

FONTAURA

Vida de CENIT

Nada hay más hermoso en la vida de sociedad que la mutua confianza.

Cuando hay confianza se da prueba de que reina la armonía y la afinidad de pensamiento y de actuación.

Así ocurre entre «CENIT» y sus lectores.

«CENIT» se lee en muchos países y por personas de diferentes escuelas.

Las muchas cartas que tenemos en el archivo lo atestiguan, en su mayoría requiriendo respuesta.

A estas queremos referirnos hoy diciendo que nuestro deseo sería corresponder directamente con cada uno, empero ello es imposible por varias razones imperativas: la falta de tiempo es una de ellas.

Vosotros debéis comprenderlo. Vuestro agudo entendimiento no debe dudar ni un momento de lo que os decimos.

Muchos, incluso, acompañan un sello para la respuesta, cosa que está muy bien por cierto, ya que evitan gastos suplementarios que no debe costear la revista, pero aun con sello y todo, hemos de limitar las respuestas a aquellas que ineludiblemente lo exijan.

Es más, la costumbre que se había establecido de aguardar carta de «CENIT» cada fin de trimestre para pagar la suscripción, debe romperse.

Parece corto el tiempo que se emplea para trazar unas líneas recordando la suscripción, sin embargo, bien se emplean, por lo menos, diez minutos. Suponed ahora que se les envíe a muchos lectores, MIL por ejemplo, y os daréis cuenta la gran razón que nos asiste para deciros que no se debe emplear el tiempo en cosas como esas, cuando hay tareas primordiales que aguardan su vez.

A pagar, pues, se ha dicho, y dispensad si os falta el estímulo y el calor que la grata respuesta de «CENIT» os aportaba otrora.

LA ADMINISTRACION.

FRANCISCO FERRER



En maneras tan sencillas que sólo uno se daba cuenta por la reflexión de su sencillez, Francisco Ferrer y Guardia era, a pesar de algunas apariencias secamente pedagógicas o tórridamente apostólicas, el más benevolente y sensible de los hombres. Al primer encuentro, tocados en sus convicciones e ignorando la profunda bondad del tenaz propagandista, algunos se encerraban aplicándose a escuchar sus palabras cual si fuesen solamente un ruido, queriendo ver en él tan sólo a un importuno que debía en seguida olvidarse; pero éstos no podían expulsar de su recuerdo sus ojos de negra llama, su fuerte voz, a la vez precisa y entusiasta, un poco agreste y catalana.

La talla de Ferrer era mediana; sus rasgos, bajo una hermosa y vasta frente eran comunes; llevaba, despreocupado por la elegancia, la moda o el carácter, el pelo cortado muy corto, tenía un gran bigote y una corta barba en punta. Su vestido era casi siempre un traje gris indiferente a los ojos como a su propietario. ¿Cómo todo este detalle sin búsqueda y banalmente limpio se las arreglaba para dar una impresión de profundidad, de voluntad y de perseverante fuerza?...

En su juventud, ganaba penosamente el pan como podía. Pero tenía un lujo del que no podía pasarse: ayudar a los compañeros necesitados. Para satisfacer esta suntuosa necesidad de su corazón, sólo comía una vez por día. Pero estas pequeñas bondades lo dejaban descontento. Soñaba en grande y en un plano que le parecía más útil. Aquel pobre profesor soñaba, nostálgico y ávido, con maravillosas generosidades pedagógicas.

Ocurrió que la fortuna le vino de repente. ¿Podía invadir de modo a aquel hombre de sensibilidad activa que arruinaba cada día el inmediato bienestar? Sus magníficos sueños, llamamientos y torturas hacían que fuera incapaz de economizar para ellos. Nada podía detener su apresuramiento hacia esta presa, mal actual al alcance de su socorro. Un legado considerable le permitió por fin la actividad deseada.

Sus ingenuos veinte años lo habían lanzado en plena actividad insurreccional. Pero pronto observaciones y meditaciones habían apagado—para nunca más llamear en él—, las infantiles esperanzas de la violencia revolucionaria. «Para cambiar la manera de ser de la humanidad», sólo conocerá ya un medio eficaz, la educación. Solamente ella, «facilitará la marcha hacia el porvenir y hará más fácil la conquista de toda idea generosa». Ocuparse de revolución o de reformas «sin saber cómo educaremos a nuestros niños», era, para él, «comenzar por el final y perder el tiempo».

Fundó, pues, en la católica e ignorante España, una escuela, la **Escuela Moderna**, en la cual, con una neu-

tralidad sistemática, evitaba toda política y toda religión. Toda tendenciosa palabra era descartada por los maestros. «Hagamos de los niños jóvenes instruidos». Y Ferrer afirmaba que aquellos hombres ilustrados, protegidos contra todo prejuicio, acostumbrados a los métodos científicos y críticos, encontrarían por sí mismos la verdad social.

La Escuela Moderna publicaba un Boletín y pronto Ferrer pudo abrir una casa editorial.

Mateo Morral, empleado por algún tiempo como traductor en la «editorial» de Ferrer, tenía, según su correspondencia con los agitadores rusos, mucho desdén hacia el pedagogo. Para él era Ferrer uno de «esos débiles de espíritu que opinan que nada se puede hacer sin discursos». El 31 de mayo de 1906, hizo algo Mateo Morral que sin duda imaginaba, más eficaz que un discurso.

Aprovechando el casamiento del rey, lanzó sobre el cortejo real una bomba que mató—un discurso, por cierto, no habría podido hacerlo—, algunos caballos y algunos guardias. Se aprovechó esta feliz ocasión para detener a Ferrer y juzgarlo. Se apoyaba la acusación en algunas cartas del acusado en donde se habían falsificado elogios a las bombas y a los asesinatos políticos. Maniobra que fué, igual que otras, descubierta. Por muy inerte que sea de ordinario, la opinión pública se emocionó con el noble celo de la policía. Los jueces, sin embargo, no se atrevieron a condenar. No obstante, la bomba de Mateo Morral no fué completamente inútil: se cerró la Escuela Moderna, por medida administrativa. Esta actitud «gubernamental» demostró una vez más al pacífico y sistemático Ferrer, que había que «buscar la emancipación humana por la educación y nada más que por la educación».

No pudiendo ya educar directamente a los pequeños españoles, fundó en Londres una revista, «La Escuela Renovada». Multiplicó las ediciones de obras liberadoras. Hizo traducir a Eliseo Reclus, a Kropotkin y a otros «educacionistas». Anunció dos proyectos amenazantes: la apertura en Barcelona de un Museo Pedagógico y de una Escuela Normal.

El clero y el gobierno se irritaban por esta invencible actividad, y se indignaban contra tantos desafíos y crímenes.

En julio de 1909, Ferrer se encontraba en los alrededores de Barcelona, en Montgat, en su propiedad del Mas Germinal. Sin sospechar que un motín comenzaba y se agrandaba en la ciudad, fué a ella por sus asuntos de ediciones. Mientras estaba en Barcelona o en Montgat, se decía que en Premiá era el cabecilla de dicho motín y que había quemado un convento. Ningún incendio había ocurrido en este lugar. Pero algunos simples afirmaban que otros lo habían visto. Tal vez con los ojos de la fe. Y bastó el pretexto para que se detuviera de nuevo a Ferrer. Sabido es que la primera detención es la que cuesta un poco a la policía. Aunque no siempre es así.

Esta vez se estaba decidido en apagar una luz demasiado obstinada, y según se decía, e incendiaría ahora. Cuando se asesinó a Ferrer, el motín había sido reprimido hacía meses. Pero el asunto Morral había mostrado que los jueces profesionales no son todos perfectos tontos y verdugos de una absoluta docilidad. Queriendo por su crimen en conjunto, éxito cierto y apariencia legal, los asesinos mantuvieron en Barcelona un estado de sitio ridículamente inútil y se apresuraron en hacer pasar a Ferrer ante un Consejo de Guerra.

Lo que se quería en verdad era juzgarlo. Se precisaba, con no importa qué pretexto, abatir a un enemigo que no se había podido amedrentar. «En su nombre y en el nombre de todos los prelados de Cataluña», el obispo de Barcelona dirigió al gobierno una emocionante y mortífera protesta contra los acontecimientos de julio y «quienes de ellos son los responsables, es decir, los partidarios de las escuelas sin Dios». Si no se suprimían esos criminales, «la paz entre los pueblos sería imposible». Esta necesaria supresión, el clero catalán la esperaba con confianza «de los sentimientos religiosos del gobierno, de su amor por la patria y de su compasión por las desgracias de la Iglesia».

La confianza del episcopado estaba, como puede verse, bien orientada. El asesinato judicial fué hecho con una decisión y un impudor militares. Por muy estúpidos que queramos suponer a los jueces, éstos no podían, después de la instrucción, ignorar la inocencia del acusado. Para hacerlo pasar por culpable, tenían no sólo que deformar e inventar, sino también taparse las orejas, sabia e ingenosamente.

Tres mil prisioneros fueron perseguidos como habiendo tomado parte en el motín. Todos fueron interrogados sobre Ferrer; a la menor esperanza, cada uno era ofuscado. Se ensayó en hacerles decir que Ferrer les había dado órdenes, consejos o dinero. Infelizmente, casi ninguno lo conocía. A fuerza de buscar en esos tres mil y de cultivar lo que se encontraba de más bajo y ruín, acabó por descubrirse la creación de ochenta testigos. Estos infelices afirmaban que el acusado había quemado iglesias y un convento en Premiá, en donde ninguna iglesia había sido quemada, como tampoco ningún convento. Había también intentado, según parece, proclamar la república en tal pueblo. Nadie, además, había visto a Ferrer haciendo un gesto ilegal. Se repetía generalmente los «se dice», cuya fuente era vaga y huidiza: «Es de notoriedad pública que...» Los más atrevidos pretendían haber escuchado de boca de Ferrer algunos proyectos subversivos. Entre los ochenta, se escogió a cuatro, más decididos, y se los confrontó con el inculpado. No se tuvo la torpeza o la tontería de pedirles un servicio gratuito. En cambio de la ayuda que harían contra el acusado más odiado, se daba a esos pobres diablos libertad provisional y pronto libertad total. Ferrer agarró a los desgraciados en flagrante delito de mentira e hizo ver en sus cuentos ridículas contradicciones. Las confrontaciones, decididamente demasiado poco favorables, fueron interrumpidas. No se hizo una quinta tentativa.

Mediante estúpidas maniobras, se separó a los verdaderos testigos, quienes sabían lo que había hecho el acusado durante el tiempo del motín. Ninguno fué convocado. Algunos al fin se asombraron de dicha abstención y ofrecieron espontáneamente su testimonio. La instrucción, desdeñando ser instruída; respondió que escribieran, pues se habían presentado demasiado tarde. La instrucción, afirmaba el comandante don Valerio Raso Negrini que de ella estaba en-

cargado, había sido terminada. Sin embargo, el tal Valerio Raso continuaba interrogando a los prisioneros, buscando por todas partes algunas apariencias de cargos.

Ferrer quiso hacer citar a las personas que demostrasen su inocencia. Dicho Valerio Raso rechazó con indignación esta demanda ilegal: los plazos estaban expirados.

Se tuvo el cuidado de no darle un defensor hasta la expiración de estos famosos plazos y se opusieron a todos los pasos del defensor con la misma excepción legal. Se amarraba al hombre antes de decirle: «¡Defiéndete!»

Se había hecho en casa de Ferrer un registro que duró once horas. Encontraron en la correspondencia de Ferrer, un verdadero documento terrorífico, de esos que menciona la **Acción Francesa (l'Action Française)** y algunos otros papeles sospechosos. El fiscal hizo radiante, la promesa de publicar en **La Escuela Renovada**, un artículo de Aristides Pradelle vergonzosamente titulado **El triunfo del dinamismo atómico**. Dinamismo y dinamita significaba lo mismo para la policía y para el erudito fiscal (1).

Sin duda, la presencia de gentes que carecen de fe, dificulta, lo mismo que en ciertas manifestaciones espiritistas, a la policía en sus búsquedas. Por muy comprometedor que fuera, en la pluma de Ferrer, la terrible palabra dinamismo, se deseaba enriquecer esta primera cosecha. Se exiló a la familia y, lejos de toda mirada escéptica, se volvieron a empezar las pesquisas. Secundados por los soldados de ingenieros, los guardias civiles se instalaron dos días y dos noches en el Mas Germinal, agujereando los muros, algunos de los cuales fueron derribados, explorando las tomas de agua, etc. En fin, triunfantes prestidigitadores—¡nada en las manos, nada en los bolsillos!—, trajeron más de un terrible papel.

He aquí se dijeron—¡oh alegría, oh convicción!—, una circular número 1, que según el fiscal, era todo «un programa de dislocación social trayendo, entre otros artículos, uno que significaba la destrucción de los bancos y la fórmula de la panclastita».

Tal bienaventurada «circular núm. 1», que nunca había circulado, que no habían encontrado en casa de ninguna de las tres mil personas perseguidas después del motín, estaba escrita a máquina. Pero habían sido añadidas dos cartas escritas a mano y una carta corregida. El falsificador al servicio de la policía habiendo hecho un buen trabajo, los expertos en escritura declararon, con algo de complacencia para el gobierno y un poco de remordimiento de conciencia, que dichas correcciones «pueden haber sido escritas con la misma mano que escribió las cartas de Ferrer». Pero añadieron en seguida, avergonzados tal vez: «Nada podemos afirmar categóricamente». El acta de acusación y la requisitoria ignoraron esas dudas poco valerosas y tradujeron, dogmáticamente militares: «Los expertos afirman que las correcciones han debido ser hechas por Ferrer».

A todas las acusaciones Ferrer respondió, con sencillez

(1) Cuando se trata de la inteligencia o de la buena fe de los oficiales, la verdad siempre se mixtifica. Pero el sabihondo fiscal enemigo de Ferrer no es un caso único en los anales de la Justicia española. En 1897, no recuerdo qué escritor catalán fué perseguido por haber traducido «El Cuervo», de Edgar Poe. En este poema se nombra a la diosa Pallas. Se confundió a dicha diosa con el anarquista Pallas, que acababa de ser condenado. El traductor fué, pues, perseguido por propaganda anarquista e incitación al crimen.

y verdad, que él era sociólogo y filósofo, no químico o revolucionario; que esperaba el progreso mediante la educación; y que toda su actividad era la de un pedagogo y de un editor.

Los debates—conservemos el nombre oficial de la inoble y sangrienta comedia—, comenzaron el 9 de octubre en una sala de la cárcel celular. Poco antes, le habían impuesto a Ferrer la vergüenza del traje carcelario. Singularmente, se aprovecharon de la ocasión, para vestirlo con un miserable traje que al parecer costó muy poco. Ferrer reclamó sus propios vestidos. Pero le respondieron que ya no los poseía, pues habían sido sus bienes—sin ninguna sentencia—, confiscados. Es verdad, ya no poseía nada, pues con el mismo pretexto, tan fantástico antes del juicio, se le negó hasta un simple pañuelo. Estos procedimientos, inaugurados para Ferrer, asombraron hasta a los mismos carceleros.

El acusado hizo, entre dos filas de soldados, una entrada tranquila y sin desdén. Con un movimiento de cabeza, saludó al tribunal y al público. Sonriendo, se excusó por no comparecer con un vestido conveniente y respetuoso. Pero, como iba a explicar aquella anomalía, el presidente, don Eduardo Aguirre de la Calle, teniente coronel del regimiento de infantería de Mallorca, lo interrumpió. El momento—afirmó brutalmente el Sr. Aguirre—, no era oportuno.

La comedia política, comenzada por esta primera negativa a escuchar al acusado, prosiguió, siempre tan estúpida y gloriosamente militar. El defensor, capitán Francisco Galcerán, puso de manifiesto que a veces hay algo de conciencia bajo un uniforme. Demostró con elocuencia la inocencia de su cliente, lo absurdo de los cargos y la escandalosa irregularidad del procedimiento (2).

Sin lo odioso del desarrollo de los acontecimientos y del asesinato que se preparaba, la audiencia pública pública hubiese sido de una comicidad admirable. Se omitió sencillamente el citar a los testigos e interrogar al acusado.

Están hechos los códigos a veces para permitir los crímenes. La ley militar española autoriza tales abstenciones. Esta legalidad parecía sin embargo monstruosa aun a quienes debían aplicarla. El gobierno censuró todas las agencias telegráficas españolas e hizo telegrafiar por todas partes que había habido interrogatorio y testigos públicos. Por desgracia el «Times» tenía en Barcelono un enviado especial que hizo conocer la verdad.

Al final de los pretendidos debates, se hizo como que se preguntaba al acusado «si tenía algo que decir».

Ferrer, tomando la pregunta en serio, comenzó:

—Mucho tengo que decir, debo decir mucho en este de-

(2) El verdadero valor no queda sin castigo en los soldados. Después de la ejecución de Ferrer, Galcerán fué encarcelado. Las indignadas protestas de sus colegas de París y Londres, así como de otras grandes ciudades europeas, hicieron retroceder al valiente ejército español, y Francisco Galcerán fué puesto en libertad el 15 de octubre...

... El 15 de octubre de 1909, reunión de las Cortes. Para evitar que algún diputado, emocionado por las protestas mundiales, reclamase el restablecimiento de las garantías en Cataluña, el levantamiento de un ridículo estado de sitio que duraba ya dos meses y que Ferrer fuera citado ante los jueces regulares y no ante un tribunal militar, se precipitaron singularmente los últimos actos del proceso de ejecución.

bate donde se da prohibido escuchar a mis testigos, donde se ha...

Entonces el presidente se levantó, gritando:

—¡No le permito manifestaciones tan fuera de lugar!

Y, mientras que los soldados se llevaban a Ferrer, el señor Aguirre, seguido por sus asesores y cómplices, pasó a la sala de deliberaciones y de asesinato.

El 12 de octubre, el prisionero fué trasladado a Montjuich. Al día siguiente, hacia las ocho de la tarde, fué conducido a las oficinas del gobernador. Allí, el juez de instrucción, asistido por su escribiente y rodeado de soldados armados, le leyó la pena de muerte pronunciada por la corte marcial. «Decisión ratificada por el Consejo Superior y sobre la cual el Consejo de ministros no ha creído deber llamar la atención de la clemencia real».

Ferrer escuchó en silencio. Su frente palideció ligeramente; su labio inferior hizo una mueca de asco. Con una mano indiferente y que no temblaba, firmó el papel que constaba que se le había comunicado la sentencia. Sin dignarse pronunciar una palabra ante Valerio Raso, cobarde que asesinaba desde los rincones de las leyes, se dejó conducir a su celda. La encontró ocupada por soldados y guardias civiles, quienes lo registraron minuciosamente, como si se temiera el suicidio de un hombre al que no se dejará ya ni un momento, hasta que se le asesine al otro día de madrugada. Le quitaron la corbata, el cuello, los botones y los cordones de los zapatos. Se le vistió con un camisón especial y, sin permitirle llevar con él las fotografías de los seres amados, se le condujo a la capilla.

La capilla estaba instalada con un arte emocionante y macabro. En el altar, cubierto con un paño negro que horrificaba la blancura de cabezas de muertos y tibias cruzadas, un cáliz de oro se erigía consolador para algunos, hostil e irritante para otros. El R. P. Font, conocido jesuita de aquella época, se encontraba allí. Empezó a hablar banalmente y, según creía, igual consolando como el cáliz y la hostia. Ferrer lo separó de su lado con un gesto tal de asco, que el hombre se sonrojó de vergüenza, luego sonrió forzosamente y se alejó. El jesuita fué reemplazado por el limosnero de Montjuich, célebre por su tenacidad. Desde sus primeras palabras, el condenado se alzó de hombros y se volvió de espaldas.

—No quiero tener nada de común—dijo—, con las ropas negras.

La piadosa ley no permitía dejar solo al hombre que la piadosa ley torturaba antes de matarlo. Incitado por la piadosa ley y por su gran amor del prójimo, el «dimosnero» continuó asistiendo a Ferrer. Numerosos Hermanos de la Caridad estaban también presentes. Varias veces, le propusieron traerle alimentos, licores, cigarros. Ferrer lo rechazaba todo con un ademán alusivo. Pero los ofrecimientos se renovaban con demasiada obstinación, y al fin dijo a sus ingenuos perseguidores:

—Para mirar a la muerte de frente, como siempre he mirado a la vida, no tengo necesidad de vuestro alcohol ni de vuestra ridícula fe ni de vuestra cobarde esperanza.

Los religiosos se arrodillaron en dos filas. Muy humanas, la ley o la costumbre prohibían sentarse al condenado. Se esperaba así forzarle a arrodillarse y, al plegar la máquina... (Pascal dixit)... obtener el **embrutecimiento**, el renunciamiento a la razón, y una emoción de terror y esperanza. El inmovible Ferrer, a pesar del agotamiento causado por la prisión sabiamente húmeda y sucia, caminó pues toda la noche entre la doble fila repugnante de estípidos que rezaban.

Las tentativas del limosnero para obligarle a rogar al «Dios de todas las misericordias» no obtenían otras respuestas que movimientos negativos de cabeza, alzamientos indiferentes de hombros y, al final, risas irónicas.

—Hermano—dijo una vez la voz empalagosa—, me sentiría tan feliz si, al menos, expresaras un deseo...

—Bueno—respondió Ferrer—. Si la cosa es posible, dictaré mis últimas voluntades.

Ferrer había sido subsidiariamente «condenado a pagar los perjuicios causados durante la rebelión por los incendios, los saqueos y los daños en las vías de comunicación». «La totalidad de los bienes de Francisco Ferrer» debían, según la sentencia, ser «afectados a normalizar esta responsabilidad civil». Tal vez los que estaban allí ignoraban esto o tal vez pensaron que los bienes que Ferrer tenía en Francia no podrían ser confiscados. Es posible aún que quisieran dejar al moribundo una satisfacción vana. El caso es que nadie hizo objeción y corrieron a despertar al decano de los notarios de Barcelona. Ferrer, siempre caminando arriba y abajo, entre las dos filas de arrodillados dictó al notario Juan Permayer un largo testamento.

En él, aseguró la existencia de su compañera Soledad Villafranca, la amiga de los días difíciles. Repartía el resto de su fortuna entre la Escuela Moderna y sus hijas. Pero rogaba a éstas dejar todo, si podían, a las personas que designaba para continuar su obra. Explicaba la necesidad y el por qué de dicha obra. Se alegraba de morir como mártir. Esperaba que su suplicio, llamando a la conciencia mundial sobre lo que había querido hacer, haría su ejemplo más eficaz.

Cuando el notario se fué, los monjes hicieron un nuevo intento de conversión. En aquel hombre agotado por dos meses de cautiverio en un calabozo de «riguroso castigo», húmedo, sin aire, sin luz, infecto hasta la fetidez; en aquel enfermo aplastado por aquella noche de insomnio, de angustia, de marcha sin reposo, querían apuntarse católicamente una victoria sobre aquella debilidad. Pero Ferrer les dijo:

—Tengo mis ideas, señores, de las cuales estoy tan convencido como ustedes pueden estarlo de las suyas. Si queréis discutir, enhorabuena. De lo contrario, dejadme en paz.

Uno de los monjes, alto y negruzco, descendiente visible de algún moro demasiado bien convertido, insistía con celo. Ferrer le declaró:

—A pesar de lo absurdo de vuestros dogmas, tal vez hubiera sido cristiano, señor, cuando vuestros mejores apologistas eran los mártires. Desde hace muchos siglos os habéis vuelto verdugos. Y siempre en la historia he despreciado a los perseguidores. Por la dignidad de mi muerte, me agrada que no me obligárais a opinar sobre la aplicación demasiado actual de los verdugos.

El moro demasiado bien convertido osó, con grandes brazos amenazantes, gritar a Ferrer que caería en las manos de un Dios irritado.

Entonces Ferrer tuvo la última carcajada de su vida. Después de aquella risa reconfortante, respondió:

—Si en verdad hubiera un Dios, señor, y que tal Dios se irritara, no sería tan injusto ni tan idiota, para dirigir su cólera tan mal como ustedes pretenden. En verdad os digo que deshonráis a vuestro pretendido ídolo. Que los cuatro (3) tiros de fusil me lancen a la nada o a otra forma de vida, me agrada más mi futuro que el vuestro. Pero,

(3) En España, el pelotón regular de ejecución está formado por cuatro soldados.—H. R.

puesto que cada uno está aquí contento con su suerte, me parece más prudente que tuviéramos la discreción de callarnos.

—Escuche, señor Ferrer, por el bien de usted...

—Desde que hacéis hablar a los suplicios, ningún noble se consiente en escucharos.

—Jesús que murió por todos los hombres...

—... Sonríe, si en alguna parte sobrevive, a Francisco Ferrer que va a morir por los hombres.

A la mañana, a las 8 y 45, después de doce horas de capilla, llegaron las autoridades. Se tiró a la suerte para ver quiénes serían los soldados que formarían el pelotón de ejecución. Se tiró a la suerte para ver qué religiosos «asistirían» hasta el último momento y perseguirían al condenado.

Entre la doble escolta de soldados, Ferrer caminaba, con las manos atadas en las espaldas. Detrás de él, el limosnero se obstinaba en hablarle a la oreja, mientras los hombros del condenado parecían impacientarse. Menos odiosamente indiscretos y aceptando su derrota, los Hermanos de la Caridad marchaban detrás enmudecidos. Acabaron luego por detenerse.

—Señor—dijo al fin Ferrer, excedido por la insistencia del imbécil—, ¿queréis tanto robarme mis últimos minutos? ¿No podríais favorecerme con un poco de silencio y dejarme en fin pensar según mi conciencia? ¿Y si tan crueles sois para que estas consideraciones no os afecten, no teméis que mi esfuerzo sereno sea vencido y logréis arrancarme alguna blasfemia tan impía como vuestros rezos?

Pero el limosnero, con una valentía soberbia, contestó:

—Cumpliré mi deber hasta el fin, señor. La caridad exige...

—Vuestra caridad exige que turbéis mi paz fina y martiricéis aun más mi suplicio. Ejerced pues vuestra caridad, noble verdugo suplementario. Procuraré ya no caer más en el ridículo de responderos.

No obstante, algunos pasos más adelante, aun dijo:

—Gracias, señor. Sin usted, mi alegría sería demasiado calma y mi muerte demasiado fácil.

Llegaban. El gobernador interpelaba al condenado:

—¿Tiene usted algún ruego que pedirnos o alguna recomendación que hacernos?

Ferrer manifestó un deseo: quería ser fusilado de pie, frente al pelotón de ejecución, sin los ojos vendados.

Los oficiales se reunieron para deliberar. Uno de ellos vino pronto. Explicó al condenado que llevaban la condescendencia hasta permitirle recibir la muerte de pie. Pero debían vendarle los ojos. Queriendo quizás mostrar cómo la famosa cortesía militar está emparentada con la estupididad clerical, declaró con solemnidad:

—No se permite a los traidores ser fusilados viendo al enemigo.

Ferrer paseó sobre el estúpido una mirada casi asombrada y una sonrisa en la cual el desprecio se matizaba con piedad.

Vendados los ojos, atadas las manos, estaba ahora solo, casi apoyado en el muro. El pie derecho ligeramente avanzado, la cabeza bien erguida, un poco tirada hacia atrás, como si viese por encima del pañuelo bien apretado—¡y quién sabe si no veía!—, mantenía una posición más bien de tranquilidad que de desafío.

Y con voz fuerte y sencilla, pronunció:

—Soldados, vosotros no tenéis la culpa. Apuntad bien. ¡Viva la Escuela Moderna! Muero inocente y feliz de...

Pero un gesto ordenó el fuego y los fusiles tiraron. Ferrer se desplomó sin poder acabar la frase empezada. En nombre de la justicia y debido a la petición del clero catalán,

TEMAS SEXUALES

LA CONFERENCIA DEL PROFESOR BRANSON EN TOULOUSE



A sexualidad y sus incidencias, que son variadas, constituye un problema que preocupa a buena parte de los hombres, sociólogos y pedagogos particularmente, pero también fuera de estos. De todas las capas sociales salen voces opinando alrededor de lo que es conducta, consecuencias y ascendencias sexuales.

En los medios anarquistas este tema ha sido minuciosamente examinado y, si bien es verdad que no se han adoptado resoluciones generales, no es menos cierto que las teorías de Malthus han gozado de un prestigio cuyo eco ha sido general.

Las teorías se han enfrentado y, sin haber vencidos ni vencedores, cada día se va afirmando más la necesidad y conveniencia de limitar los nacimientos.

En adelante, el nombre de Malthus deberá tenerse en cuenta cada vez que un hombre hable de educación sexual, sobre todo si el tema se trata recordando la relación que tiene con la economía universal.

No hace muchos días, el profesor Branson dió una conferencia en Toulouse titulada «La confusión de las nociones de sexualidad y anexos y sus incidencias psicológicas, económicas, sociales y filosóficas».

Lástima de tema tan importante, tratado por un conferenciante brillante y analítico como es nuestro amigo Branson, en una conferencia que, por prolongada que se hiciera, no dispone del tiempo suficiente para que el público saque conclusiones concretas.

Decimos nuestro amigo Branson porque él mismo dió al comenzar la conferencia (1): «Siento gran placer en tratar el tema de la sexualidad y más aún ante un público que tiene cierta educación libertaria».

Se comprendió, con esas palabras, que el Profesor Branson sabe lo mucho que este tema nos preocupa a todos nosotros, motivo por el cual, siendo difícil y escabroso ante todos los públicos, lo es menos ante un auditorio iniciado a ello como lo es el compuesto por los libertarios.

Hablar de sexualidad y de economía mundial es hablar de Malthus y al referirse a este economista no puede callarse Godwin, ni Bacon, ni Owen que, aunque socialista, fué malthusiano fiel.

tres balas destrozaron un cerebro culpable por haber pensado siempre libremente, noblemente y fraternalmente.

HAN RYNER

(Trad. V. M.)

Nota final.—El estudio que acaba de leerse, es el último de una serie escrita por Han Ryner sobre los mártires del pensamiento humano y que, reunida en volumen, forma el perdurable libro del sabio «Dans le Mortier». Se estudian en él, los últimos momentos de Zenón de Elea, Foción, Ignacio el teoforo, la suegra de Peytavi, Miguel Servet, Pierre Ramus (1572), Vanini, Claudio Brusson y el martirio de Francisco Ferrer. (1909).—V. M.

Toda la peroración, magistral, repetimos, de Branson, fué una exposición del educador.

Advirtió que la sexualidad no podía tratarse sin un método riguroso que debía hacerse por parte. Que era necesario desarrollar la educación sexual de la humanidad pero paulatinamente, por dosis científicamente calculadas, método y dosis que no podían establecerse para todos iguales sino particular para cada persona. Naturalmente habla Branson, habla el pedagogo.

«No se dan cerillas ni armas a los niños ni a los locos», dió, haciendo un parangón entre estas cosas y la sexualidad.

Con el mal uso, las cosas buenas pueden convertirse en malas...». Una de las más expuestas es la educación sexual».

De otra parte, si Branson no es anarquista, al menos dió una lección que cualquier anarquista hubiera hecho suya, tratando de la «educación progresiva que debe ser toda buena educación», concluyó que resolver era una cosa y que imponer era otra».

Se deduce que Branson sentó plaza de oposición a las leyes, a los códigos, materia por excelencia, de oposición, sin que hayan jamás resuelto nada.

Esta opinión viene a converger con la otra, según la cual, cuantas más leyes hay, más mala es la república.

Desde que se concibe que «todo en la vida es relativo», se admite y se ve la muerte de los dioses en tanto que idea absoluta y terminada. Esto no lo niegan ni los deístas mismos.

Ayer el cientismo tomaba la plaza de dios, hoy ya se duda del cientismo. La proporción de las cosas sabidas—dió Branson—es muy ínfima con relación a las que se ignoran».

«No todos los librepensadores tienen el pensamiento libre y es más importante y valedero esto que lo otro».

El cientismo, de una manera u otra, modela a las gentes y consecuentemente, «se aprende a leer pero se pierde el sentido crítico», del cual debiéramos estar celosos. No cabe duda.

Leer es una función adquirida, el sentido crítico de las cosas es una propiedad que el hombre debería guardar y conservar como las niñas de sus ojos.

PSICOLOGIA SEXUAL

«La prostitución no es lo que vulgarmente se conoce como tal. Esta palabra y su sentido es sinónimo de comercio. Nada tiene que ver con el número de los que intervienen. Que una mujer se entregue a un hombre o que se entregue a cien, si en ello interviene un pago cualquiera, en moneda, en mercancía o en favores, es comercio y, por consiguiente es prostitución». Así, la mujer pública, así la que acepta el casamiento pensando en el dinero que con el acto obtiene, así la que lo hace porque el novio tiene una posición económica privilegiada. Para que el acto sexual no sea prostitución debe intervenir exclusivamente por amor, lo demás es venalidad.

Hay que distinguir, dice Branson, entre sexualidad, erotismo, genitalidad, casamiento y lascivia.

La genitalidad es el contacto en sí, el erotismo es la sensación como cualidad esencial.

Ninguna de estas definiciones ni todas juntas son un sentimiento. Son fuentes de sentimiento, como lo es el odio, el furor, la irritación psíquica, no fisiológica; el despecho, la agresividad, los desaires. Y ello aunque no sean reales. Para experimentar un sentimiento, la imaginación se basta.

Hay una gran variedad de formas de genitalidad que no siempre responden a los órganos en sí. En los moluscos, el caracol por ejemplo, hay quizás aprehensión pero no va sola, intervienen fuerzas psíquicas y fisiológicas muy particulares. No olvidemos que el caracol es macho y hembra a la vez.

Psicológicamente la sexualidad se explica por una necesidad.

El sapo y la rana que no tienen órganos penetrantes tienen la originalidad, sin embargo, de provocarse eyaculación.

Hay por otra parte la especie de animales que son sexuales permanentes y otros que son periódicos.

El gallo es sexual permanentemente.

Gregorio Marañón dice que el acto tiene como finalidad el hacer hijos; yo, dice Branson, opongo a esa tesis el origen mismo del acto, es decir, un conjunto de necesidades innatas en el animal como en el hombre del contacto, de la genitalidad, ignorando en absoluto el resultado del mismo.

Dice además Marañón que el tiempo hace inclinar a los seres hacia el sexo masculino. La mujer avanzada en edad se asimila más al hombre que siendo joven. La gallina, ocurre frecuentemente, cuando se enfrenta con el gallo, es porque tiene anulado su órgano femenino.

Una de las cosas que caracterizan la masculinidad es la necesidad de mandar, los arranques de mando, que torpemente se dice genio.

Hay también una relación morfológica señaladora del sexo. Las formas cóncavas indican la masculinidad del individuo. Por ejemplo, los judíos constituyen una raza masculina, la forma de la frente, el perfil de la cara, tienen una concavidad más pronunciada.

En sexualidad como en muchos casos de la vida y de la sociedad, la función crea el órgano. «La forma de los peces, dice Branson, obedece a su función, las mujeres que se ocupan de cuestiones sociales activamente y permanentemente, acusan una tendencia aguda de masculinidad, arrojándose a medida que sus ocupaciones son más intensas».

Tesis discutible, por cierto, ya que una mujer puede ser femenina cien por cien y ocuparse de los problemas que la Sociedad crea, no impulsada por cierta inclinación a la masculinidad sino por jugar su papel de madre plenamente y consecuentemente. ¿Acaso en el mundo animal no tenemos ejemplos donde la hembra ejerce las funciones que en otros casos y especies están reservadas al macho? Deja, por eso de ser menos hembra? Todo lo contrario. La madre, que de ninguna manera debería limitarse al simple papel de parir, debe cumplir con su misión de madre hasta e incluso de ser ella la protectora y la guardiana de su criatura.

Hay excepciones, ha remarcado Branson, según las cuales, mujeres de las que, su aspecto exterior y sus ocupaciones se presentan dominadas por cierta masculinidad, y, sin embargo, son femeninas cien por cien. «En este caso no deja de ser anormal esa prueba superficial. Diremos que ahí no será masculinidad sino virilidad».

Si con la palabra se quiere expresar la prueba de fuerza y de voluntad, estará muy bien empleada y, nada quiere decir que con la evolución de la vida y de la sociedad, llamada a ofrecer a la mujer mayores derechos y mayores deberes, lo que de femenino tiene la mitad de la humanidad haya de desaparecer. Pues de coger al pie de la letra que «la función crea el órgano», se hubiera podido deducir que los hombres nos encontraríamos un día sin el elemento femenino que eternice la especie.

Ello debió querer decir el Profesor Branson cuando en la tercera fase de su conferencia, explicó las nefastas consecuencias de tipo sexual que resultan de las actitudes y vida que se les obliga a los niños.

«La falta de voluntad en una persona, es indicio de molicie y de feminismo. Los niños a los cuales se les obliga muy a menudo a renunciar a sus deseos e impetuosidades, contrariada siempre su voluntad, se convierten, aun sin darse cuenta, en un sér con rasgos femeninos. Hay cierto paralelismo entre el estado de obediencia de las mujeres y su propiedad y aptitudes femeninas. Observad. Observad una familia numerosa, compuesta de niñas, que se quede huérfana, por ejemplo, y veréis la mayor, que hasta entonces era de una femineidad superior, en adelante, al ocuparse de las funciones de jefe de familia, ha dado paso a posturas y aptitudes de macho. Esto, pues, no solamente tiene lugar como aspecto exterior sino también, en lo más íntimo de su sér anímico y fisiológico».

Entra después a estudiar la relación que tiene el matrimonio y cómo se explican sus dificultades casi todas por motivos de orden sexual.

«El hombre sexual no se sujeta, no puede sujetarse, a la vida del hogar. El hombre sexual no tiene nada que le una a la mujer, es rondador, no puede ir más que de rama en rama. Cuando se sujeta fácilmente a la vida ordinaria que el casamiento oficial impone es porque en él domina más parte asexual».

Se deduce de esto que en el sér humano hay que distinguir perfectamente que una cosa es hombre y otra distinta macho y depende cual de estas dos partes domina para que su actitud sea una u otra.

Branson coincide también con muchos otros teóricos cuando dice que el estado contemplativo es un signo de femineidad. La masculinidad se explica por lo que de activo es el individuo. La masculinidad es movimiento, es acción, es actividad.

«Cuidado, dice Branson, no hay que confundir los términos: hay actividad pasiva y activa como hay pasividad activa y pasiva».

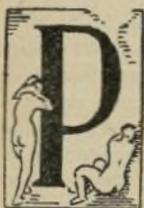
La actividad pasiva es la decadente y la actividad activa es la obligada, la que soportamos por fuerza mayor pero que, en nuestro fuero interno, combatimos para vencerla. La pasividad pasiva es la tolerada y normal como es también normal la actividad activa.

El Profesor Branson no pudo explicar otros aspectos muy interesantes relacionados con las incidencias de la sexualidad en todos los órganos que anunció, pero abrigamos la esperanza que volverá a tratarlo y que podremos ofrecer a los lectores de CENIT, un estudio bastant completo.

M. CELMA

(1) La conferencia tuvo lugar en la Sala Sénéchal de la antigua Facultad de Letras y fué organizada por las FF.LL. C.N.T.-F.I.J.L. de Toulouse.

TATERSAL TRIDENTINO



POLVAMOS sobre el concilio de Trento, chuza de báculos con la que se me figura que ya os he embromado — aunque no bastante — alguna vez. El papel de primer orden, jugado en la contradanza episcopal por la España oficial, siempre a la vanguardia de la retaguardia política-social, o a la cabeza de la clasística reacción, nos trae a esta aceña, almazara o almadraza nuevamente, a moler crujo y a pescar atunes. Trento radicaba en los dominios tiroleses del tirolito de nuestro Carlos I. El kursal duró 18 años (de 1545 a 1563), descansos de no hacer nada incluso. Con sus sesiones, que no solían ser más que disensiones, el potrero de discólos unciarios facturó para el otro toro mundo tres Papas: Paulo III, Julio III y Pío IV. Y eso que la cinta en rodaje no cesaba de sufrir cortes, por lo cara que salía a la empresa la proyección.

El sínodo de Tridentum quiso ser una reunión de Estados generales de la Iglesia. La plana mayor del catolicismo encerreo lindoramente en ellos. Objetivo piloto: andamiar la Contrarreforma; represar con un dique de anatemas y excomuniones la sublevación de Europa entera contra el papismo financiero-cesaiesta, que tenía hechos de muchos cenobios de una y otra señalética sexual un picadreo, y de alguna sacra colegiatura vaticanesca una Sodoma y una Gomorra.

No contrarreformó casi cosa el tridentinismo. Mientras él gayescamente tertuliaba, todo el Mediterráneo era una asaduría de herejes. Y a esto y a la cosaca reitrería de Carlos V, se debió que la Latinidad en masa no se pasase a las filas de Ecolampadio y de Knox. Trento teatralizó en materia de arrepentimiento ¡y basta! Hartamente la luterania le tildó de farsante.

«¿Qué van a corregir esos obispos (decían los predicadores de la Anti-Roma) que en sus prelaturas y prefecturas son cada uno de ellos un enciclicario? La mayoría están gotosos y podagrosos, de los abusos cometidos en la tumbona y en el pulvinar. Hablan un latín bárbaro, de cuerpo de guardia pretorio. Saben de teología menos que un herrador. No cuidan de la religión, sino de sus rentas y multiembolsos. Vienen al concilio, como sátrapas orientales, en literas y palanquines en púrpura, rodeados de una corte de ministros, secretarios, camarlangos, músicos y danzantes. No hacen en el viaje de vacaciones alto, más que en los monasterios ricos, que tienen provista despensa y copiosa caca y donde se hacen servir por monjas jóvenes, blancas como palomas. Por delante de las casas franciscanas de recogimiento, pasan como gato sobre plancha caliente o por un anafe u horno encendido; con la escolta de arcabuceros desplegados en guerrilla, para hacer frente a sablazos rajadores de amazona búlgara. Antes que ellos, ha llegado a Trento, en carrera tridentina o de triple aserradero dental, la pléyade de fale-

nas o fulanas del bel trotar de los bulevares de París, Viena, Gante y las Termópilas vallisoletanas.

En la sesión «De Sacrificio Missae» del Parlamento prelatio-procurancial, se produjo tal báratro, que el arzobispo de Granada se salió de la congregación echando fieros y refunfuñando destempladamente: «Esto es una behetría» (un gallinero, con el zorro — Satanás — paseándose por los palos).

En 13 de febrero de 1563, vinieron en una taberna a las manos, cruzándose un salterio de cuchilladas, que ni en Gaeta, los «bravi» de los Ilustrísimos italianos con la matonesca que de Maestrich se trajeron los Reverendísimos españoles. Hubo más de 25 heridos de ambos bandos, de varios de los cuales se tuvo que recoger las narices y las orejas cortadas, en barro.

Comiéndose en casa del cardenal Siripando, como se levantase la torre de viento de una discusión remolinesca acerca de 70 canon (imposición de dignidades), el obispo de Salamanca le atizó al de Verona un directo como un cañonazo a los quijales, que le arruinó la apófisis zigomática y lo tumbó patas arriba en un sofá, del que ya no se levantó sino entre velas.

El abad de Vercelis, en la sesión «De ordine» (colación cural), dijo tirándose a fondo contra los obispos, «que en ciertas diócesis, se daba mercenariamente el cáliz de la celebración a borrachines, concubinarios y gentuza de lo más perdido y escupido del corazón de Dios».

El obispo de Guadix promovió una escarapela o zacapela, descomidiéndose con los legados de S.S. y abroncándolos con este descubrimiento: Vos non estis concilium sine nobis (sin el estado llano, ni vosotros, ni el Papa, pincháis, ni cortáis, ni pintáis nada aquí).

En la cuestión «De comunione», el sufragáneo quinclesiense (de 5 iglesias, representante del soberano checo) propuso la adopción de la moda de almorzarse al Verbo, que prevalecía en Inspruck: consistente en poner un caldero lleno de carne y otro de vino al pie del altar; y proceer a los feles de un tenedor para ensartar pizcas de vianda bendita, y de un popote o pipeta, para pegarse el gran trago de la sangre de Cristo.

El 2 de marzo murió el cardenal de Mantua, jefe de la legación pontificia, de un patatús que le dió después de una comilona o tiburtina fiesta, que hubo de ofrecer a varios congresistas españoles (Segovia, Lérida, Ciudad Rodrigo, Orense, etc.), correspondiendo a otra lifara o lunch-farra, con que los nuestros le habían agasajado dos días antes. Se enterró a Su Eminencia con el guitarreo de costumbre. Y siguió el huateque, con Morone en la presidencia, hasta el «Laus Deo».

Angel SAMBLANCAT

Y todo esto, no solamente en nuestras relaciones con los que piensan como nosotros, si que también con los que no saben nada de nuestras ideas. En nuestras relaciones con la autoridad, con los patronos y con los diferentes, hay mil modos de hacerle comprender, a pesar suyo, que se está formando un nuevo orden social y aun obligarles a aceptarlo.

Que el individuo se persuada de la legitimidad de sus desideratos, que se convenza de que su derecho a vivir y desarrollarse no es inferior en nada al derecho de los que le rodean, y entonces obrará en consecuencia. Estar bien convencido de lo que se quiere: he aquí toda la fuerza.

Juan GRAVE.

SOCIALISMO Y ANARQUISMO

¿Por qué anarquistas y socialistas no están unidos?—Unidad de miras.—Diferencia de punto de partida.—Maleficio de la autoridad.—El individuo es sólo juez de lo que le conviene.—Los hombres, según los socialistas, no saben dirigirse a sí mismo; pero ellos se juzgan con suficiencia para dirigir a los demás.—La diferente justificación de la autoridad.—Insuficiencia de los socialistas.—Regimentar no es libertar.—La revolución sacrificada por las reformas.—Prometer y cumplir no es igual.—Empirismo de las reformas.—Contradicciones socialistas.—Lógica de lo ilógico.—Engañarse a uno, es engañar a los otros.—Revolucionense ellos mismos.—La emancipación del individuo ha de ser obra del individuo mismo.

Antes de entrar a discutir los medios de propaganda, bueno será explicar las razones que separan a los anarquistas de los socialistas, con objeto de disipar las extrañezas de las gentes que no ven nunca más que la superficie de las cosas, y hasta de muchos socialistas sinceros que no pueden creer que, teniendo un fin común, les combatamos como a los burgueses.

«Tanto unos como otros, exclaman éstos, ¿no aspiramos a la libertad y felicidad de todo el mundo? ¿A la transformación del régimen capitalista y el modo de ser de la propiedad? ¿Por qué, pues, no unimos para derribar lo existente, y dejar al porvenir la tarea de dilucidar sobre lo que haya de ser la organización futura?»

Si nos atenemos a la generalidad y a las vagas afirmaciones, hallaremos insignificante la diferencia que separa al anarquista del socialista, y se extrañarán, con razón, al parecer, de la antipatía que separa a los que parece que tengan un ideal común.

Todos igualmente, al menos así lo dicen, quieren la libertad, el bienestar, el libre desarrollo y muchas otras cosas para la humanidad. ¿De dónde proviene, pues, el hecho de que, en vez de darse la mano amiga, hay veces que cuando se encuentran cierran al contrario los puños?

Es que, desde el punto de partida, una enorme diferencia separa al uno de otro. Insignificante esta diferencia para unos, es grandísima, capital, para los que analizan los hechos sin hacer caso de los juegos de palabras.

De acuerdo para enseñar los males que engendra el estado social presente, de acuerdo hasta para atribuir esta falta a la organización económica imperante, donde no pueden estar de acuerdo, es, además

de la organización, en los medios de preparar el estado de fuerza que ha de emanciparnos de las actuales injusticias.

Los socialistas, partidarios de la autoridad, aspiran a la conquista del poder para realizar su ideal, y se lanzan de lleno a la política para conseguirlo; los anarquistas, partidarios de la libertad completa, quieren que la organización se cree por la evolución libre de los individuos; como aspiran a destruir la autoridad, hacen la guerra a la política y a los políticos.

Habiendo reconocido que la autoridad es el resultado de la actual organización económica, haciendo su proceso desde que ésta existe, es decir, desde los principios de la Historia, los anarquistas demuestran que la autoridad es perjudicial, lo mismo para los que la ejercen que para aquellos contra quienes se ejerce. Por eso, éstos afirman que debe desaparecer con la organización capitalista; y como el mejor medio de conseguirlo no es esperando que ella pueda servir para liberar a los hombres, sino al contrario, enseñando a éstos a vivir sin su tutela, he ahí el por qué combaten a los que la emplean, cualquiera que sea la justificación en que se funden. Tanto más cuando que nadie mejor que el individuo mismo, no siendo capaz de conocer lo que es más propio para asegurar su felicidad, puede elegir libremente el modo de evolucionar según convenga a sus aspiraciones. Esto nos demostrará al mismo tiempo, que la transformación social no se realiza hasta que el individuo haya transformado su modo de pensar y de obrar.

Los socialistas, y esto lo veremos inmediatamente, dicen que la revolución debe hacerse llevando al poder hombres íntegros que ejerzan la autoridad para el bien general; ampararse de la riqueza social para repartirla el beneficio del interés común, y que, por consecuencia, es preciso que los individuos se organicen para llevar al gobierno estos hombres seleccionados entre los mejores.

De modo que los anarquistas, queriendo destruir la autoridad, y los socialistas amparándose en ella para ponerla al servicio de sus proyectos de renovación social, quedan separados desde el principio de la cuestión, por la finalidad que persiguen y por los medios para realizarla. Diferencia capital que prueba la razón de sus antagonismos.

*

Veamos el razonamiento de los socialistas:

«Es imposible que la mayor parte de los individuos se eleven sobre el medio ambiente económico en que viven, y es creer en milagros el esperar que en un régimen capitalista la mayor parte de los hombres sepan crearse un cerebro libre, una sana conciencia socialista» (1).

Aquí proseguimos en el círculo vicioso de que yo hablaba en el «Individuo y la Sociedad», capítulo la «Panacea Revolución»: «Es preciso cambiar el ambiente para que el hombre cambie; pero siendo el individuo quien crea su ambiente, éste no podrá modificarse hasta

(1) Jaurès, «Petite République», 5 junio del 97.

la propiedad no ha existido nunca en estado absoluto. Un individuo que tendría escrúpulos en arrebatar el portamonedas del bolsillo de su vecino, no los tendrá en recogerlo del suelo si se lo encuentra por la calle y guardárselo si nadie le vió, o engañará a uno de sus amigos en una venta o cambio cualquiera, sin perjuicio de poner el grito en el cielo si se siente lesionado en su negocio. Individuo hay que no robará en ciertas condiciones y sin remordimiento robará en otras. No es, por lo tanto, el respeto a la propiedad «de los demás», lo más difícil de desarraigar, sino el cariño a la «propiedad privada».

Otro ejemplo. Queremos destruir la autoridad.

Desde luego es necesario que nos acostumbremos a prescindir de ella, a anularla luchando contra las dificultades que nos opone, en la medida de nuestras fuerzas, sacudiendo su tutela cada vez que se nos presenta ocasión. Y sobre todo, demostrando con nuestra iniciativa y nuestro modo de proceder que sabemos prescindir de ella y manejarnos mejor.

Otro ejemplo aún. Queremos una sociedad basada en la tolerancia, la reciprocidad y la mutua estimación.

No dejemos que otros usurpen nuestra actividad, pero procuremos no surpar la de nuestros vecinos. Cuando no seamos partidarios de una idea, aportemos nuestras razones, pero escuchemos las de los que no piensan como nosotros, y habituémonos a obrar, con toda franqueza, según nuestra propia concepción, no pidiendo a los demás sino una igual sinceridad. No nos preocupemos de lo que hagan cuando su acción no puede mezclarse a la nuestra. Si les criticamos, que sea para sacar lecciones provechosas. Ser tolerante es un gran paso hacia la solidaridad.

Nosotros afirmamos que puede existir una sociedad en que los individuos sabrán organizarse en grupos productores o consumidores sin tener necesidad de amos ni de jefes y vigilantes.

Pues desde luego, en nuestros modos de proceder actualmente, comencemos por demostrar que esto es posible. Eliminemos de todos los grupos de que formemos parte—cuando nuestros coasociados piensen igual que nosotros—todo lo que puede parecerse a una jefatura, a una autoridad tácita o confesada.

En las agrupaciones donde no hayan penetrado nuestras ideas, que nuestra iniciativa esté siempre despierta, que se ejerza a despecho de todos los obstáculos, que nuestra tolerancia enseñe a los demás que la autoridad es una cosa superflua cuando los individuos saben prescindir de ella.

*

De este modo nuestra iniciativa podría ejercerse en mil ocasiones. En la práctica corriente podrían hacerse entrar muchos modos de obrar que serían otros tantos pasos hacia la sociedad futura, y que una vez adoptados no podrían retrogradar.

Puede suceder que se fraccionen en tantos grupos como modos haya de concebir estas cosas; esto poco importa. Pero estos grupos, aun manteniendo la integridad de su autonomía, deberán respetar la de los que no piensen como ellos, y evolucionarán a su lado de modo diferente. Allí donde intereses comunes les pongan en contacto, será preciso que sepan aportar el espíritu de la conciliación necesario, si no para facilitar mutuamente la labor, por lo menos para no obstaculizarse (3).

Todo esto es evidente que se irá mejorando con la práctica de las cosas, y la nueva forma de sociedad engendrará, ciertamente, el espíritu de sociabilidad que le es propio. Pero nada se crea de la nada, y este mismo estado social no puede ser realizable si los individuos no han sido antes preparados para concebirlo, mediante una amplia difusión de ideas y un intenso deseo de realizar este ideal.

Y cuando digo los individuos, entiendo siempre decir la minoría activa.

Ahora bien; nada como el enunciado de las facultades que se requieren en los que estarán llamados a realizar el estado social que deseamos, para demostrarnos que la revolución no puede por sí sola determinar el estado de espíritu que hacerla triunfar, y que, al contrario, es este estado de espíritu lo que debe determinar la conflagración.

Y este estado de espíritu debe determinarlo la propaganda integral de nuestro ideal social. Enseñando al individuo a ser digno, a ampliar sus facultades, a ejercitar su iniciativa, es como crearemos el núcleo iniciador de la futura revolución.

Por ejemplo: nosotros queremos la desaparición del capital y de la propiedad.

En la medida que sea posible en la actual sociedad, debemos desentramarnos del espíritu de lucro, acostumbrarnos a comprender que no tenemos ningún derecho sobre lo que no podemos utilizar nosotros mismos, y meternos bien en la cabeza que inmovilizar un objeto útil es hacer daño a los que podrían carecer de él.

En nuestras relaciones desembaracémonos del espíritu mercantil, que nos hace calcular, cuando se trata de prestar un servicio, si se nos devolverá su equivalente. Comencemos a ver en cada semejante nuestro un ser que tiene necesidad de nuestro concurso, pero del cual también podemos tener necesidad, y poco a poco se irá desvaneciendo este espíritu de antagonismo que la sociedad actual ha plantado entre cada uno de sus miembros.

Se ha indicado el robo como un excelente destructor del respeto a la propiedad. Es un sofisma. Salvo raras excepciones, el respeto a

(3) Desgraciadamente, hay muchos entre las mismas minorías dirigentes, que procuran en lo posible hacer triunfar su proposición (aun comprendiendo de ser equivocada) a expensas del interés de la colectividad de la integridad del mismo ideal que dicen sustentar. (N. del G. editor.)

que el individuo mismo no haya evolucionado lo suficiente para sentir la necesidad de modificarlo.

«Los socialistas no salen más bien librados que los partidarios de la revolución irracional».

«Es preciso, pues, para transformar al hombre, añaden los socialistas, transformar el ambiente; y para transformar el régimen económico, es necesario que el proletariado esté en condiciones para apoderarse del poder. Debe mezclarse, pues, en las luchas políticas, y, una vez el poder conquistado, transformará las condiciones económicas que obrarán benéficamente sobre el cerebro».

Así es que, para los socialistas, «es imposible, a la mayor parte de los individuos, elevarse sobre el medio ambiente económico en que viven». Según ellos, siempre será «creer en milagro el esperar que, en el régimen capitalista, la mayor parte de los hombres sepan crearse un cerebro libre, una sana conciencia socialista».

En cuyo caso, y esto no lo ocultan los socialistas, si los individuos no saben pensar por sí mismos, será preciso que alguien los dirija. De ahí la necesidad de ampararse en la autoridad y consolidarla en beneficio del régimen que quieren establecer.

Olvidan que, obrando así, no hacen sino seguir la marcha de los gobiernos pasados. Si el uso que éstos han hecho de la autoridad no ha producido más que ruinas y desolación, ¿quién nos prueba que la que ellos quieren establecer producirá mejores resultados? ¿Su buena fe? Todos los gobiernos que se han sucedido en la Historia han aceptado «las responsabilidades de la autoridad» para ejercerla en provecho de todos. Sin embargo, si han hecho menor mal, no por eso han hecho más bien.

La autoridad somete a todo el mundo bajo una regla común, y, como hemos dicho, la diversidad es la que nos mueve. Luego otros, cuando el poder socialista esté establecido, se levantarán protestando contra la autoridad, y probarán que ésta no es mejor que la de los poderes a los cuales habrá sucedido.

Estos, a su vez, pueden venir pidiendo que les ayudemos a destruir los otros para llegar ellos al poder con una nota segura para hacer nuestra felicidad. He aquí el triste juego en el que el hombre ha pasado el tiempo hasta hoy, y que podría prolongarse hasta el infinito, sin que el individuo ni la humanidad mejoraran en nada.

Los mismos hombres a quienes no se les reconoce suficiencia para elevarse sobre el ambiente en que viven, y se les niega la facultad de saber hacerse un cerebro libre, se les agrupa «para conquistar el poder», y así llegan unos cuantos con el compromiso de ejercerlo en beneficio de todos.

Yo, a mi vez, preguntaré: ¿cómo esos hombres que no pueden llegar a libertar su cerebro, incapaces de hacerse una conciencia socialista, es decir, incapaces de discernir sobre lo que es bueno o malo para ellos mismos en la organización social, cómo esos hombres, repito, son aptos para elegir los que deban guiarlos, y saben, en los miles de programas que les someterán los ambiciosos que el cebo

del poder suscita cada vez que se trata de conquistarlo, discernir sobre cuál será el mejor?

Una vez admitido un milagro, ya no cuesta mucho trabajo admitir otros; la luz divina, sin duda hará que los que no son capaces de dirigirse a sí mismo, sean, no obstante, bastante hábiles para ayudar a edtar reglas generales, a las que todo el mundo deba someterse.

*

Cuando la autoridad se apoyaba sobre el derecho divino, su punto de partida era falso; pero una vez admitido este punto, había en ello algo de lógica. «Los hombres, demasiado torpes o demasiado malos, para vivir en paz, tenían necesidad de que ciertos seres más inteligentes se tomaran el trabajo de enseñar e imponer el respeto a los demás». Dios había delegado ese poder a seres privilegiados, y esto pasaba bien o mal, hasta que el origen de tan absurdo principio no fué descubierto. Con frecuencia sucedía que un pariente del elegido, deseando también hacer el bien general, derribaba del poder al favorecido, y, una vez en su puesto, era él el encargado de la misión divina; el mérito del individuo consistía en su función. Estos desgarrones a la misión divina no pasaban sin herir el principio y llegó un tiempo en que la autoridad tuvo que ampararse en la fuerza. Aun aquí hay algo de lógica. «La mayoría del pueblo es ignorante, yo me creo bastante inteligente para gobernarle y hacerle feliz; empleo la autoridad que me da el azar, el conocimiento, la intriga o la audacia; y a los que no quieren ser felices por orden, los someto, y en paz». Si la lógica no es absoluta, las bayonetas, encargadas de la ejecución, saben cubrir las faltas.

Pero cuando quieren apoyarla sobre la ciencia, la razón y la lógica, la autoridad se convierte en una anomalía, en un anacronismo y no es necesario analizar muy profundamente para que salten a nuestra vista los sofismas con que quieren justificarla.

Nosotros no hacemos caso de palabras que, si son necesarias para redondear los periodos, y dar brillo a las frases, es preciso que sirvan para otra cosa cuando se emplean discutiendo ideas.

Aquí, entiéndase bien, hago la crítica de esos socialistas que hablan de la revolución como nosotros y cuyo programa parece que les aproxima a nuestros procedimientos. «Nosotros también, dicen algunos de entre ellos, queremos la autonomía completa del individuo, la destrucción total de la autoridad; pero como es imposible que todo se realice a la vez, que es preciso que pasemos por etapas sucesivas, nos limitamos a reclamar lo que es inmediatamente realizable, y nos creemos que es una buena táctica introducirnos en la casa para mejor saquearla.»

Comprendo, perfectamente, que conseguir un acta de diputado es más fácil que transformar la propiedad. Participar en la confección de leyes, es mucho más fácil también que acostumar a los individuos a vivir sin ellas. Pero la destrucción de la autoridad es todo lo contrario; en lugar de libertar intelectualmente a los individuos, es regimentarlos con toda su ignorancia y preocupaciones. Y así re-

es inevitable, hasta necesaria, y nada mejor que prepararse para estar dispuestos, cuando estalle, a hacer que rinda todos los frutos que de ella esperamos.»

Pero esta revolución no es una hada cuyo poder eficaz deba obrar por sí misma; esta revolución será lo que nosotros hayamos sabido hacer con ella; démonos, pues, cuenta con anticipación de todas las necesidades que implica, a fin de que cuando llegue el día no nos coja desprevenidos.

Y si a medida que avanzamos podemos con nuestro ejemplo sus- citar otras iniciativas, no lo desdeñemos, so pretexto de que es más urgente correr a la lucha, porque sería desdeñar una probabilidad de éxito. Si entretanto podemos contribuir a demoler una de las barreras que obstruyen la vida, derribémosla primero, puesto que des- embarazar el camino a los que vienen detrás ya es adquirir fuerzas para el trabajo que hay que hacer.

El día actual es hijo de ayer, como mañana será el hijo de la hora presente. Nuestra ineptitud para abarcar todos los hechos es lo que nos hace creer que hay lagunas en la evolución humana. Las revoluciones no hacen más que consagrar el orden de cosas que está ya en los espíritus, sino en los hechos. La mayor parte de los cambios de costumbres que parece que se inauguran estaban ya en forma de costumbre corriente en las relaciones individuales. No hacen más que echar abajo los últimos obstáculos a su extensión.

Y lejos de ser una atenuación de la idea revolucionaria, este modo de concebirla me parece, al contrario, que es su mayor robusteci- miento, porque en primer lugar pareceme más conforme a los hechos, y en segundo lugar porque incita a los individuos a no esperar la revolución para obrar, sino a considerarla como si hubiese comenzado, poniendo sus actos, cada vez que esto es posible, de acuerdo con sus ideas.

*

Una vez hecha la revolución o—para ser más exactos—una vez actuándose su obra revolucionaria, precisará que estos individuos se agrupen, se organicen, de modo que puedan prescindir de los rodajes gubernamentales que habrán destruido o que quieran destruir.

Será preciso que sepan transformar los antiguos medios de pro- ducción y de cambio en una organización adecuada al nuevo orden social anarquista que, dejándolo todo a la iniciativa individual, exi- girá, por consiguiente, una gran suma de esta iniciativa a cada indi- vidualidad. Del propio modo que para no ser absorbido por los más activos, cada individuo tendrá que serlo también.

Será preciso, en fin, que, transformando todos sus modos de obrar hijos de la educación y del mal funcionamiento de la sociedad actual, sepan entenderse entre ellos, de modo que zanje amistosamente las diferencias que podrían surgir entre individuos o grupos, sin tener que recurrir a ninguna autoridad, a la de la mayoría mucho menos que a cualquiera otra.

anterior, y que si duerme sea por lo menos sensible al ejemplo que debe impulsarlo.

Si los individuos no fuesen capaces más que de obrar por imitación o por tener confianza en tal o cual individuo, el éxito de la revolución sería muy aleatorio.

*

Otra de las viejas concepciones, que igualmente es necesario que se pierda, es la de una revolución de tres o cuatro días, o de un mes si se quiere, pero que realizará bruscamente la ruptura entre el mundo presente y el futuro. A pesar de que muchos hayan comprendido que lo que era posible cuando no se trata más que de un cambio de gobierno, como en las revoluciones políticas pasadas, no lo es ya cuando se trata de una revolución económica, la mayor parte todavía, alucinados por el recuerdo de las pasadas revoluciones, continúan razonando como si la sociedad debiese cambiar bruscamente de la noche a la mañana.

La transformación que deseamos puede requerir la obra de varias revoluciones (2). Por añadidura, esto reclamará mayor dosis de iniciativa por parte de los individuos que quieren emanciparse. Ahora bien; mientras no nos hayamos formado una idea clara de lo que podrá ser esta revolución que debe transformar todas nuestras concepciones, todas nuestras relaciones sociales, correremos el riesgo de ergotizar indefinitivamente y de no entendernos sobre lo que será posible o imposible.

Hay los que, como hemos dicho, creen en un trastorno brusco de la sociedad que de la noche a la mañana haga tabla rasa de las instituciones sociales; los hay que, con una noción más clara de las cosas, nos demuestran que la revolución que deseamos será la acumulación de un gran número de movimientos destructores que en un día dado echarán abajo todo el rodaje de la organización social, o reduciendo en tal o cual punto una u otra institución a la impotencia.

Y hay los que creen comenzar la revolución y verla terminada y los que esperan poder saludar su aurora, pero ignoran qué fases podrán ver.

Los que creen en el poder sin límites de la revolución dicen: «No tenemos por qué discutir tanto sobre tal o cual principio; procuremos hacer la revolución», y se imaginan que así la adelantan, no aperciéndose de que el mejor medio de ir a la revolución es estimular la evolución, recordando al ser humano su dignidad, la firmeza de carácter y suscitar su iniciativa y su voluntad.

Pero los que no se pagan de palabras, los que analizan los hechos, aun dándose cuenta de que la crisis revolucionaria es fatal; que más pronto o más tarde la marcha de los acontecimientos echará la multitud a la calle, éstos dicen: «Bien venga la revolución; sabemos que

(2) Véase «La Sociedad futura», en donde este tema está más ampliamente desarrollado.

sultan siempre verdaderos Juan Lanás, dominados por sus conductores, que maldito el interés que tienen en acostumarlos a libertarse a sí mismos.

*

Lo mismo sucede con la revolución; los socialistas lo proclaman; para ellos es un genio alado que se cierne por los aires, muy útil para embellecer sus párrafos, pero sin tener en sus labios ninguna significación real; y esperando que ésta se digne bajar hasta nosotros, los programas electorales contienen una multitud de reformas que, según el caso y el espíritu de aquellos a quienes se dirigen deben cambiar la situación económica de los trabajadores, disminuir la explotación, o bien no son sino simples caballos de batalla destinados a acelerar la venida del Mesías: la Revolución.

El resultado práctico de estos procedimientos, que ellos llaman táctica, es hacer esperar perpetuamente a los trabajadores una mejora social en su favor; ilusión siempre desvanecida por los hechos pero siempre reavivada por nuevos proyectos de reforma.

Fácil será comprender, que los anarquistas, hartos ya de esos manejos de ardilla, trabajan decididamente por la realización de su ideal, sin ocupaciones que llaman prácticas, cuyo principal resultado es mantener la ignorancia. Nosotros dejamos al tiempo y a los acontecimientos el trabajo de halagar o que es impracticable y de realizar o que puede ser.

*

Señalándonos muy lejos y vagamente cierta comunidad de miras y de programas para arrastrarnos en su ayuda y substituir a los actuales gobiernos, me hacen los socialistas el efecto de aquel charlatán de la fábula que pedía diez años de tiempo para enseñar a hablar a un asno. «De aquí a diez años—decíase truhanescamente el charlatán—nos habremos muerto el asno, el rey y yo.»

Los socialistas pueden contestar que somos nosotros, esperando del tiempo la completa realización de nuestro ideal, quienes hacemos el papel del charlatán que contaba con la muerte de los interesados para verse libre del compromiso adquirido. Pero nosotros nos diferenciamos de ellos en que no prometemos a nadie la felicidad a cambio de ventajas personales. Si morimos antes de ver la completa realización de nuestro ideal, tendremos la satisfacción de haber hecho cuanto nos ha sido posible por aproximar el día de su realización, sin más beneficio que la satisfacción de haber obrado bien y desinteresadamente.

Sabemos igualmente, que esta emancipación no puede efectuarse sin que sus bondades obren sobre todos a la vez y he ahí por qué combatimos todos los medios de los que sólo pueda aprovecharse una minoría en detrimento de la generalidad.

La marcha de los sucesos y la evolución de las ideas son resultado de una progresión lenta y continua, y nosotros contamos los hechos sin ilusionar a nadie.

Estamos convencidos de que la libertad humana no puede ser un hecho sin que antes el individuo se haya libertado a sí mismo; propagamos nuestras ideas, ensayando, en la medida que nos es posible a sustraernos de la corrupción social, y decimos sencillamente a nuestros hermanos, que no serán libres hasta que sientan el deseo de serlo.

Los socialistas engañan, engañándose a sí mismos, a los que agrupan, haciéndoles esperar de fuera la felicidad y emancipación que sólo de ellos puede salir.

*

Los anarquistas lo han demostrado sobradamente, y sobre este asunto tendré ocasión de volver a hablar más de una vez, que las reformas preconizadas por todos los que, sin buscar las causas, esperan que con paliativos empíricos, puedan modificarse los malos resultados del estado social actual son impotentes para mejorar ninguna cosa, y deben considerarse dichosos los promotores de reformas, si contra toda su buena intención éstas no se convierten en nuevos medios para explotar.

Según esto, cualquier cosa que hagan los socialistas que claman la revolución, resulta su táctica falta de lógica: Revolucionarios, reconocen que la organización capitalista no puede transformarse sino atacándola en su esencia, y que tocar las bases sobre las que descansa, es provocar una resistencia implacable que sólo la revolución puede vencer. Partidarios al mismo tiempo de la agitación electoral, prometen en sus programas electorales reformas que a lo sumo modifican la forma de la explotación, pero que en nada atacan a la explotación misma.

En su ilogismo resultan lógicos. Convencidos de la ignorancia de las masas, que es preciso halagar para obtener sus sufragios, no quieren hacerles comprender la cuestión en toda su magnitud. Habiendo empezado por mixtificar sus programas, sirviéndose de medios legales y parlamentarios, véanse obligados a continuar por el mismo camino.

Para justificar las reformas de sus programas, que como cebo echan al elector ignorante, les atribuyen virtudes curativas contra los males sociales que pretenden combatir. Cuanto más reacio es el elector, mayores deben ser las promesas. En la imaginación de aquél, las reformas son el todo; la revolución desaparece. Y así consumen la paciencia y la fuerza de las generaciones. Siempre esperando de medios ilusorios mejoras que no pueden llegar sino haciendo obrar el escabelo en las entrañas mismas del régimen.

Preconizando medios dilatorios, algunos llegan a ser diputados, sin que por esto adelanten nada, porque en vez de ser un paso más para la idea social es, al contrario, un paso menos. La mayor parte de los elegidos van al Parlamento a olvidar lo poco que en su programa había de verdad, y con frecuencia, no solamente a olvidarlo, sino a combatirlo. Aunque el elegido mantuviera las cláusulas de su programa, y luchase enérgicamente para hacerlas triunfar, no haría con

aquello», para que todo marche solo, y que la luz se hará como por encanto en los cerebros más obtusos, creyendo que los que sufrirán esta impulsión extraña obrarán conforme a ella como si hubiesen comprendido su íntima razón.

Por mi parte, dudo mucho de las probabilidades de éxito de una revolución hecha en estas condiciones. Cuando, como quiere el ideal anarquista, se confían en la autonomía entera, la más absoluta del individuo, no se puede ni debe contar con la pasividad de los que nos proponemos arrastral al asalto el viejo orden de cosas. Esta pasividad sería un peligro que de antemano debe combatirlo nuestra propaganda preparatoria.

*

Es indudable que siempre es una minoría el primero que obra, pero el trabajo de esta minoría no lleva a la comprensión de la multitud como un rayo la demostración de la verdad; no la conquista sino por medio de filtración lenta y continua, suscitando en estos cerebros apáticos un sordo trabajo de reflexión que les prepara para que al fin vean claro.

El trabajo de la minoría anarquista ha de consistir en combatir todo poder establecido, impedir que una autoridad nueva se sustituya a la vieja derribada (1), procurar que la masa tome por sí misma las medidas que se juzguen necesarias para que tenga éxito la revolución, y por consiguiente, nosotros no debemos esperar la revolución, para comenzar esta labor: es, desde luego, sembrando nuestras ideas a manos llenas, procurando que el mayor número posible de gentes las discutan. Y a pesar de que a muchos amigos nuestros les parece más corto ir a la revolución sin ocuparse de la discusión de ideas, yo estoy en absoluto convencido de que el camino más corto y más directo es la discusión y la difusión de las ideas.

Además, en la revolución que nosotros deseamos, como en el estado social que ella debe preparar, la masa ha de estar entregada a sus propias fuerzas, a su inspiración, inspiración que deberá estimular—y tal vez sugestionar—la minoría actuante; pero en fin de cuentas no deberá contar más que en sí misma para organizarse en vista del nuevo estado social en el cual estará llamada a moverse, siendo esto una nueva razón que nos indica que la revolución anarquista no será posible sino a condición de que este espíritu de iniciativa lo posea la minoría actuante en un alto grado de intensidad y sea susceptible de despertarse en las multitudes.

Aquellos que la minoría actuante arrastra con su ejemplo, deberán ser aptos cuando precise para desplegar también la iniciativa. Es necesario que este espíritu de iniciativa lo despierte una propaganda

(1) Como por ejemplo: esa autoridad de falsos propagandistas que se convierten en caudillos en vez de ser maestros de la masa. (N. del G. editor.)

la revolución hacia nuestro ideal; lo que nos falta es suscitar los iniciadores de la sociedad futura, los que pueden, conscientemente, dar a la multitud las verdades entrevistas, explicárselas, hacérselas comprender, arrastrarla con el propio ejemplo.

Es necesario, por lo tanto, y ante todo, que hagamos la revolución en los cerebros, que en nuestros hábitos y en nuestros actos hagamos tabla rasa de los prejuicios. Ayudemos al individuo a transformarse en sus concepciones y en sus maneras de obrar. Hagamos penetrar en el mayor número posible de cerebros esta voluntad de auto-transformación, y será el paso más seguro hacia la revolución, una probabilidad más—hasta la única—del éxito. Si el medio transforma el hombre, también el hombre transforma el medio, y no hay transformación tan duradera como la que obra a la vez sobre el individuo y sobre el medio.

*

El ejercicio de la voluntad acostumbra a los individuos a ser tenaces en sus resoluciones, aumentando así su poder de acción; sin embargo, hay otra cualidad que ayudaría a desarrollar lo indispensable a los que quieren vivir en una sociedad sin amos, y que aumentaría el poder de los que la poseyeran: esta cualidad es el espíritu de iniciativa.

Si los individuos pudiesen acostumbrarse a no pedir nunca nada al Estado, ni a las agrupaciones de que forman parte, ni a los individuos en quienes tienen confianza—claro está cuando el individuo puede obrar solo—, si pudiesen poner manos a la obra tan pronto como una cosa les parece útil, o si teniendo necesidad del concurso de sus amigos obraren grandemente en medio de ellos para hacerles partícipes de su modo de ver, se habría dado otro gran paso hacia la revolución transformadora que esperamos.

Lo que ha permitido al Estado desarrollar sus tentáculos, inmiscuirse en las cosas más íntimas de sus súbditos y colocar cada uno de nuestros actos bajo la vigilancia de sus empleados, es éste haberse acostumbrado a considerarle todopoderoso, a dejarle la iniciativa en las cosas de interés general, no apercibiéndonos de que su fuerza no está formada más que de las fuerzas individuales que abdicaban ante su abstracción.

Asimismo es un gran error que prepara una gran decepción para muchos de los nuestros, que creen que la revolución es bastante eficaz para operar por su propia virtud la transformación del individuo, si no completa, por lo menos bastante grande para llevarle a asegurar el éxito de la revolución que le habrá regenerado. Estos no se dan cuenta de que para hacer la revolución es necesario suscitar en la masa de este espíritu de iniciativa que parece haberla abandonado, dado que la mayor parte de los individuos que se entusiasman por personalidades parece que esperan su emancipación sin hacer nada ellos mismos para prepararla.

Muchos anarquistas se imagiann que bastará que los revolucionarios digan, en el momento oportuno, a los individuos: «Haced esto o

ellos sino alimentar la falta de luces de la mayor parte de los electores, manteniendo en ellos la esperanza de que algo bueno puede sacarse de un sistema podrido.

A cada legislatura, la lucha se renueva, y la idea desaparece ante las cuestiones personales que engendra la lucha en los comicios.

El charlatán de la fábula tenía razón al contar con lo imprevisto para salvar el compromiso de su promesa.

Los anarquistas no prometen nada a la multitud.

Habiendo observado que los males que todo el mundo sufre, son debido a la organización social, explican a todos el resultado de sus observaciones diciendo: «He ahí de dónde viene el mal; éstas son las instituciones que hay que destruir; no creáis que vuestra emancipación pueda traerla ningún redentor providencial; la transformación deseada no se efectuará a no tolerarlo por más tiempo».

«Las causas de la dolencia son debidas a vuestro modo de pensar y obrar; sobre vosotros, pues, debéis hacer los primeros esfuerzos de transformación. Trabajad para transformaros individualmente y cambiaréis el círculo, en el cual evolucionáis».

Predicando con el ejemplo, el anarquista convencido, descarga el primero el golpe de piqueta sobre el régimen, y procura, en la medida de sus fuerzas, acomodar su modo de obrar a su modo de sentir.

Obrando así, saben perfectamente que no llegarán a realizar de un solo golpe el nuevo orden social. La marcha de las ideas es lenta, muy lenta; pero saben también que rompiendo los antiguos moldes, se activa la evolución. Están convencidos de que, si en la sociedad actual hay progresos que realizar, sólo pueden hacerse aprovechando todas las circunstancias para implantarlos.

Reprochando a nuestro ideal la condición de ser impracticable por no ser comprendido, los reformistas confiesan que es obra meritoria el trabajar para engrandecer la conciencia humana.

*

Sí, los socialistas quieren también emancipar a los individuos; pero les consideran demasiado ignorantes para que puedan llegar por sí mismos, y, en vez de educarlos y abrirles el espíritu demostrando lo eficaz de la acción continua sobre sí mismo para emanciparse; en vez de explicarles de un modo claro y preciso las causas de la miseria y la tiranía, se constituyen en providencia, les tratan como rebaño y les distraen con promesas, con esperanzas, en un *Deus ex machina* del sufragio universal. Así quedan a salvo del compromiso de traerles el bienestar y la emancipación. Les hacen ver la omnipotencia de una mayoría parlamentaria, que de hecho no puede ser más que la expresión de un término medio intelectual, inferior, por consecuencia, en inteligencia a los mismos electores, considerados demasiado ignorantes para libertarse ellos mismos.

Distraer a los hombres con juegos electorales, es absolutamente igual que si, queriendo enseñar a andar a alguien que nunca pudo

menear sus piernas, le dijeran que no debía mover éstas por sí mismo, sino que debía delegar a alguien para ensayar.

Y no obstante, se proclaman revolucionarios. ¿Pero que revolución quieren llevar a cabo con elementos que no saben más que obedecer?

Convencidos de que los hombres no podrán nunca libertarse, si antes no se les inspira amor a libertad y valor para conquistarla, los anarquistas creen que la verdadera utopía es esperar que un procedimiento de servidumbre, como es la autoridad, pueda servir para libertar a nadie. Sólo en la fábula puede el arma curar la herida que ella misma ha inferido.

Despertar las iniciativas, suscitar en todos el deseo ardiente y la firme voluntad de emanciparse, es la verdadera obra revolucionaria que nosotros concebimos.

Todo nos demuestra que la revolución no será eficaz si no se hace por individuos conscientes de su dignidad, deseosos de desarrollar todas sus cualidades, decididos a no tolerar ninguna traba; los anarquistas no hacen caso de los rebaños, prefiriendo inculcar al individuo el amor al estudio de los hechos que le interesen, único medio para llegar a saber quién es él, quiénes son los demás y cuál es el sitio que debe ocupar en la Naturaleza y en la sociedad.

Juan GRAVE.

El valor de la iniciativa individual

El mayor obstáculo a la realización del ideal que soñamos, el verdadero obstáculo para la emancipación individual, consiste en la falta de iniciativa de los individuos.

Hasta en los que llegan a comprender la belleza del ideal y quieren su realización, las ideas no penetran más que superficialmente, no imprégnan el individuo hasta el punto de impulsarle en todos sus actos hacia el objetivo deseado.

Viene luego la dificultad en que nos encontramos todos de abstraernos del medio en el cual vivimos, lo que hace que no titubeemos en meternos en especulaciones filosóficas atrevidísimas, pero siendo de una timidez excesiva cuando se trata de realizarlas.

«Las ideas no se han comprendido», se dice, «el momento no es propicio para realizarlas», y de esta declaración nos quedamos parados, sin intentar reaccionar contra el medio que nos ahoga.

Cierto que es muy pequeño el número (en relación a los millones que pueblan el planeta) de los que han comprendido la belleza de una sociedad en que el hombre podría desarrollarse en toda su plenitud; son poco numerosos los individuos cuyas aspiraciones se elevan hacia un ideal social en que podrían tener libre curso todas sus virtualidades; pero de todos modos mucho podría hacerse de saberse querer.

Que el ser se vuelva consciente de su valor, de su dignidad; que perdiendo toda tonta vanidad que impulsa a la mayor parte a creerse apto para todo, obre según el impulso de sus aptitudes, sin creerse disminuído porque ciertas cosas escapen a su comprensión, aprendiendo así a evolucionar según sus facultades, impregnándose bien de la idea que, aun siendo diferentes de las de los demás, no por esto sus aptitudes son menores en valor social ni están por debajo de las de nadie. Precisamente esta variedad de aptitudes, de tendencias y de adaptaciones caracterizan la individualidad, que debe facilitar la marcha de una sociedad armónica.

Muchos anarquistas, impacientes por realizar sus concepciones, no piensan sino en conquistar el número para dar el golpe de fuerza que derribaría el estado social. Según mi modo de ver, se equivocan.

La sociedad actual, ya lo hemos dicho en otra parte, no cederá sino a la fuerza, esto es verdadero; pero también hemos comprobado que su mala organización, sus propios vicios, sus propias faltas, nos conducen seguramente hacia la revolución salvadora. Los mismos hechos se encargan de preparar la situación revolucionaria, y lo que a nosotros nos falta a realizar son los acontecimientos que deben guiar

EL PENSAMIENTO VIVO DE EPICTETO

(Continuación)

Faute de développement ou pour d'autres raisons, je laisserai souvent insatisfait l'esprit même le plus fraternel. Je ne puis que recommander aux hommes de bonne volonté la lecture assidue du MANUEL D'EPICTETE. Là, mieux que partout ailleurs, se trouve la réponse à nos inquiétudes et à nos doutes. Là plus que partout ailleurs, celui qui est capable du vrai courage, puisera le courage.

HAN RYNER.

Cuando te sientas atacado por una tentación no dejes para otro día el combatirla, porque llegará ese día y tampoco la combatirás. Y de tal modo, de día en día te sucederá que no sólo serás vencido siempre, sino que caerás en una insensibilidad tal que acabarás por no darte cuenta de que procedes mal y tocarás palpablemente la gran verdad que encierra este verso de Hesíodo: «El hombre que aplaza de un día para otro sus resoluciones vive siempre agobiado de males.»

Al sol no hay que suplicarle para que dé a cada uno su parte de luz y calor. Del mismo modo, haz todo el bien que de ti dependa sin esperar a que te lo pidan.

Es mucho mejor perdonar que vengarse. Perdonar es propio de una naturaleza buena y humana. Vengarse, sólo de una naturaleza feroz y brutal.

No es fácil dejar de cometer faltas, pero si lo es tratar por todos los medios de no cometerlas. Y no poca cosa es esta ininterrumpida atención que disminuye el número de nuestros errores impidiendo caer en muchos de ellos.

Cuando dices que te corregirás mañana es como si dijeras que quieres ser hoy deshonesto, libertino, cobarde, colérico, envidioso, injusto, interesado, pérfido, etc., etc. ¡Oh, cuántos males te permites! ¿Por qué no corregirte hoy mismo? Animo, y empieza a corregirte en este mismo instante. No lo dejes para mañana, que, si lo dejas, mañana volverás a aplazarlo.

¿Quieres embellecer tu ciudad natal con una dádiva rara y verdaderamente estimable? Date a ella tú mismo después de haberte convertido en un modelo perfecto de bondad, de generosidad y de justicia.

¿Crees que serías dichoso si vieras colmados tus materiales deseos? ¡Qué equivocación, amigo! Apenas te vieras en posesión de lo que tan ardientemente deseas, serías víctima, no solamente de las mismas, sino de nuevas zozobras, pesares, disgustos, temores y deseos. No consiste la felicidad en adquirir y gozar, sino en no desear. En esto es en lo que verdaderamente consiste ser libre.

No temas nada y nada será para ti terrible ni formidable, como no lo es un caballo para otro caballo o una

abeja para otra abeja. ¿No comprendes que temores y deseos son los sicarios que tus amos mantienen en tu corazón, como en una ciudadela, para sujetarte? Echa fuera esa guarnición, entra en posesión de esa fortaleza, que es tuya, y serás libre.

Hay esclavos grandes y los hay pequeños. Los pequeños son los que se dejan esclavizar por cosas nimias, como banquetes, hospedajes y dádivas. Los grandes son los que se dejan esclavizar por un consulado o un gobierno de provincia. Todos los días se ven esclavos ante los cuales andan lictores llevando haces, y éstos son más esclavos que los otros.

No pidas nunca que sucedan las cosas como tú deseas, sino que deseas que sucedan como suceden, y prosperarás siempre.

Los espíritus débiles escapan a los preceptos de la filosofía como los pececillos jóvenes a los anzuelos.

¿Qué es un filósofo? Un hombre a quien si escuchas te hará seguramente más libre que todos los pretores juntos.

Considera atentamente la alteza de miras de los filósofos y la claridad de sus espíritus y verás cuán clarividentes los encuentras. El mismo Argos con sus cien ojos te parecerá ciego si le comparas con ellos.

No olvides que cuando, por complacer a los demás, miras hacia afuera, lo que haces, en realidad, es descender de la altura en que te encontrabas. No dejes, pues, por nada ni por nadie de ser filósofo; y si además de serlo quieres parecerlo, conténtate de que esto sea a tus propios ojos solamente. Ello basta, créeme.

Un médico visita a un enfermo y le dice: «Como tienes calentura, abstente de tomar alimento alguno y no bebas sino agua». El enfermo obedece al pie de la letra sus palabras, le paga y aun queda agradecido. En cambio, un filósofo dice a un ignorante: «Tus deseos son inmoderados; tus temores bajos y serviles, y tus opiniones, falsas». se enfurece y se aparta de él asegurando que ha sido insultado. ¿De qué puede provenir esta diferencia? Sencillamente, de que el enfermo siente su mal y el ignorante no siente el suyo.

Hay gentes tan ciegas que ni al mismo Vulcano considerarían buen herrero de no verle tocado con su gorro de forjador. Necedad es, pues, quejarse de ser desconocido de un necio; de esos que únicamente distinguen a los hombres por sus trajes y sus atributos. He aquí por qué Sócrates fué desconocido por la mayoría de sus conciudadanos. A él, que era el filósofo por excelencia, acudían para que les llevase a algún filósofo; a lo que él accedía sin ofenderse, de buen grado. Y jamás se quejó de que no lo consideraran como filósofo. Jamás puso rótulo en su

puerta. Siempre estuvo satisfecho de ser filósofo sin parecerlo. Y, no obstante, ¿quién mejor que él, vuelvo a repetir, puede ostentar tan noble título? Haz, pues, tú otro tanto: que tu filosofía no se deje traslucir más que en tus actos.

—○—
 ¿Es que basta haber comprado un libro de música o un instrumento para ser músico? ¿Habrás alguno tan insensato que tal se figura? Y tú, infeliz, ¿te figuras que basta llevar largas barbas, una alforja, un palo y un modesto manto para ser filósofo? Amigo mío: el hábito es conveniente al arte; pero el nombre es el arte quien lo da, no el hábito.

—○—
 Es de ingratos y cobardes sostener que no existe diferencia entre la belleza y la fealdad. ¿Acaso una mujer fea agrada y embelesa la vista como una hermosa? Decir tal cosa es, no solamente torpe, sino tonto; lenguaje propio de las gentes que desconocen la naturaleza de las cosas y que temen arriesgarse a opinar por miedo a ser arrastradas y vencidas. No es negando la belleza como se sustrae el hombre a sus encantos; el mérito está en resistir reconociéndola.

—○—
 Mientras las mujeres son jóvenes, sus maridos no cesan de elogiar su belleza y de llamarlas queridas y hermosas. De modo que, viendo ellas que sus maridos no las consideran más que por su belleza corporal y por el placer que les procuran, no piensan sino en componerse y en engalanarse y todas sus esperanzas parecen cifrarse en sus atavíos. Nada es, por consiguiente, más útil y necesario en demostrarlas que se las honrará y respetará en tanto sean prudentes, pudorosas y modestas.

—○—
 Señal evidente de un espíritu torpe es consagrar un tiempo excesivo al cuidado del cuerpo, al ejercicio, a la comida y a la bebida, o a cualquiera otra de las necesidades corporales. Todos estos cuidados no deben constituir lo principal, sino lo secundario de nuestra vida, y hay que tenerlos, por tanto, como de paso. Porque nuestra grande y activa e incesante preocupación debemos consagrarla al espíritu.

—○—
 Puesto que compadeces a los ciegos y a los cojos, ¿por qué no compadeces también a los malvados? ¿No comprendes que lo son a pesar suyo, como los cojos y los ciegos.

—○—
 El hombre cuerdo espera siempre recibir de los malvados mucho más daño que el que recibe. Si le injurian, agradece que no le hayan pegado; si le pegan, queda reconocido si no llegan a herirle; de herirle, se alegra de que no le hayan muerto.

—○—
 La amistad es atributo sólo del sabio. ¿Cómo sería capaz de amar quien no sabe distinguir lo bueno de lo malo?

—○—
 No es posible que ame a los hombres quien ama las riquezas, los placeres o la vanagloria. Sólo el que ama lo honrado y lo decente es capaz de amarlos con verdad.

—○—
 ¿Ves esos perros que están jugando? Diríase que son los mejores amigos del mundo, a juzgar por sus fiestas, sus caricias, su bullicio y sus lametones, ¿verdad? Pues echa en medio de ellos un hueso y verás lo que ocurre. Esta suele ser la amistad entre padres, hijos y hermanos.

En cuanto se ofrece un motivo de disputa: dinero, tierras, una querida, bienes de cualquier clase, ya no hay padre, ni hijo, ni hermano.

—○—
 Cuando estoy embarcado y no veo más que mar y cielo, la vasta extensión del mar que me rodea me sobrecoge. Diríase que, caso de naufragar, hubiese de morir de no tragar toda aquella inmensidad de agua, ¡cuando bastan un par de azumbres de agua para ahogarme! Del mismo modo, durante un terremoto, me imagino que la ciudad entera va a caérseme encima; como si no bastase una sola teja para romperme la cabeza. Y es que somos unos infelices esclavos de la imaginación mal dirigida.

—○—
 «¡Ay de mí! ¡Cuándo volveré a ver Atenas!» Pero, amigo mío, ¿puedes ver acaso algo más hermoso que el cielo, el sol, la luna, las estrellas y el mar? Y si tanto te aflige haber perdido de vista Atenas, ¿qué harías si perdieras de vista al astro del día?

—○—
 Perdido estás si consideras una felicidad vivir en Roma o en Atenas. Y estás perdido porque o te sentirás desdichado si no puedes volver a ellas o, si te es dado volver, la propia alegría que experimentarás te será funesta. Guárdate, pues, en deshacerte en alabanzas sobre la hermosura de ambas ciudades y considera, en cambio, que la felicidad es mucho más hermosa. ¡Hay en Roma tantos quebraderos de cabeza y hay que adular, para vivir en ella, a tanta gente! En cambio, ¿cómo no te alegra poder cambiar por la verdadera felicidad tanta miseria?

—○—
 ¿Cómo te gustaría que te sorprendiese la muerte? En lo que a mi respecta, yo quisiera que me sorprendiese ocupado en algo grande y generoso, en algo digno de un hombre y útil a los demás; no me importaría tampoco que me sorprendiese ocupado en corregirme y atento a mis deberes.

—○—
 Nacen las espigas para ser segadas una vez maduras, y a nadie se le ocurre dejarlas en los campos, cual si fuesen cosas sagradas e intangibles. Es más, ellas mismas, de tener sentidos, harían votos para que su destino se cumpliese, y considerarían como una verdadera maldición el no ser segadas. Del mismo modo no hay hombre sensato que no considere como una maldición la posibilidad de no morir, pues para ellos no morir sería como para la espiga no ser segada.

—○—
 ¿Qué te importa el modo como haya de morir? Que sea la fiebre, la espada, el mar, una enfermedad o un tirano, ¿qué más da? Todos los caminos que conducen a los infiernos son iguales, y uno de los más cortos es precisamente el que puede depararme con su injusticia un tirano. Jamás uno de estos hombres implacables y crueles tardó seis meses en desembarazarse de un hombre, y, en cambio, calenturas hay que matan durante años enteros.

—○—
 Todos tememos la muerte del cuerpo. Pero la del pensamiento, ¿quién la teme?

—○—
 Del mismo modo que el faro, al iluminarse, es un poderoso auxiliar para el barco que ha perdido el derrotero, asimismo, en una ciudad combatida por el mal, un hombre íntegro y justo es un faro inapreciable para sus ciudadanos.

Selección de Vladimir Muñoz.

TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION



DETERMINISMO Y VOLUNTARISMO



MANIFESTE ya en mi artículo anterior, que la concepción voluntarista la encontraba asimismo fundamentada en las propias afirmaciones de algunos deterministas. En la obra de A. Hamon, «Determinismo y Responsabilidad», página 30, refiriéndose a la voluntad, dice así: «La voluntad es el estado de conciencia preponderante, a la vez, dice Manoubrier, la representación viva de un acto y el principio de la corriente centrífuga que producirá este acto.» En la pág. 31, sigue: «La voluntad no es una entidad, sino una representación mental consciente de un acto antes de su ejecución; estado de conciencia más o menos fuerte, consistiendo en una representación de movimientos con tendencia a ejecutarlas. Es, en definitiva, una imagen más o menos viva menos de un acto. Manoubrier ha demostrado que esta imagen posee un valor fisiológico, porque ella constituye una tendencia a la ejecución del acto representado.»

En la misma página 31, dice así: «El acto reflejo, el acto automático, son inconscientes; el acto voluntario es consciente.»

No creo que todo lo transcrito tuviera inconveniente en suscribirlo un voluntarista, ya que para éstos la principal función de la voluntad consiste en hacer al hombre consciente de sus actos, o sea en que tenga una imagen anticipada de los mismos, a fin de regularlos con el propósito que trata de conseguir. Entraña ello la preconización de una conducta basada en la conciencia, de forma que el individuo no obre por actos reflejos estimulados por causas exteriores, actos automáticos, que no entrañan la deliberación consciente que el acto voluntario entraña, según las propias palabras transcritas.

En al pág. 32, obra citada, dice así: «El acto voluntario es el punto de encuentro de una misma serie de fenómenos, pero donde los concientes predominan. Sean conscientes o inconscientes, los impulsivos son individuos poseedores de una especie de parálisis de la voluntad, resultado de la ausencia de una coordinación jerárquica de sensaciones, de imágenes y de ideas motivos en el proceso psicomotor. El produce pues, acto sin subordinación.»

Sin olvidar qué fundamento mi voluntarismo dentro de una concepción determinista, considero que todo lo transcrito fundamenta el poder de la voluntad como factor determinativo. Ello es, no obstante, una concepción particular del determinismo, que indudablemente se diferencia en mucho de algunas consecuencias que otros deterministas sacan. La concepción del determinismo voluntarista la

encuentro fundamentada asimismo en conceder una mayor importancia a los factores morales, como pueden ser la educación, la moral, la conducta y la responsabilidad.

De acuerdo con la afirmación de que el determinismo no es más que la relación que va de causa a efecto, habrán de convenir todos los deterministas en que cada causa engendra efectos nuevos. Como consecuencia todos los factores morales (que se derivan de hechos materiales) tienen la fuerza suficiente para que el ser humano vaya modelando cada día más su propia vida, por lo que cada día más también se sustrae el determinismo exterior de orden material para orientar su vida de acuerdo con este determinismo humano que él mismo crea conscientemente.

En el número extraordinario Julio-Agosto 1957 de «Tierra y Libertad» de México, pág. 14, apareció un artículo titulado «La Conducta», de B. Cano Ruiz, que dice así: «El humano sabe que sus acciones—cuya suma en un presente es la conducta—han de tener invariablemente unas consecuencias y que éstas, las consecuencias, han de responder siempre a la naturaleza de éstas acciones, sumada a la naturaleza del medio y del objeto sobre el que la acción se realiza. Y cuando más conocimiento tenga de la naturaleza que han de revestir las consecuencias que han de originarse al sumar su acción al medio y al objeto que recibe la acción, más ha penetrado en él el conocimiento del determinismo de la naturaleza toda.»

En efecto—nosotros los humanos—sabemos que nuestras acciones han de tener invariablemente unas consecuencias, y cuando este fenómeno se produce, o sea que sepamos las consecuencias de nuestros actos antes de su ejecución, es porque tenemos una imagen anticipada de los mismos es porque tenemos conciencia de ellos, y esta conciencia—en los seres normales—representa los motivos capaces de determinar nuestros actos hacia el fin que nos proponemos, representa la voluntad incluso dentro de los términos de los propios deterministas.

Además, cuando—nosotros los humanos—sabemos que nuestros actos han de tener invariablemente unas consecuencias, y no adaptamos nuestros actos al fin de conseguir las consecuencias que nos proponemos, contraemos una responsabilidad, y la contraemos a conciencia, ya que estamos en el conocimiento anticipado de las consecuencias que nuestros actos tendrán. Ello hace de la propia responsabilidad un determinismo ya que adapta nuestros actos al fin propuesto y de acuerdo a una moral dada.

Aquí es donde adquieren importancia factores como la responsabilidad, la moral y la educación, a los que los voluntaristas dan tanta importancia, ya que estos factores

son capaces de por sí de crear un nuevo determinismo humano, cada vez más consciente, y capaz de determinar al determinismo del medio, e incluso al de nuestra propia constitución biológica.

Es lo que hace referencia a la responsabilidad lo que da lugar a distintas interpretaciones entre deterministas y voluntaristas. Es más, si repasamos la obra de Malatesta, veremos que su principal oposición al determinismo va dirigido a esta cuestión, ya que él daba un papel importantísimo a la responsabilidad, la moral y la educación, y consideraba que el determinismo llevado al terreno de las acciones humanas tendía a anular esta importancia de la responsabilidad, la moral y la educación, con lo cual creaba de hecho un determinismo negativo.

En la obra de A. Hamon «Determinismo y Responsabilidad» se encuentran argumentos de carácter jurista sobre la psicología del delincuente; en la misma se enjuicia la acción de los anormales en cualquier circunstancia, llegando a la conclusión que los mismos no pueden dejar de obrar tal como obran y que por lo tanto no son responsables de aquello que, dadas todas las circunstancias, no podían dejar de hacer. Dejando momentáneamente el análisis de estas conclusiones, cabe señalar que la irresponsabilidad no la extendían a todos los seres y en todos los aspectos, ya que en la página 140 de la obra citada dice así: «Esta es la ocasión de repetir, aprobándolo completamente, lo que escribía Cabade:—Sin duda es muy bonito, muy útil decir y proclamar bien alto; es necesario modificar sus pasiones, saber refrenarlas y domarlas; esto es fácil de decir y de hacer para los que poseen un cerebro muy ponderado, al abrigo de todo deterioro psicológico hereditario o adquirido.» Por lo que se desprende de ello, hacían una división entre normales y anormales, y consideraban al ser normal como capaz de modificar, refrenar y domar sus pasiones. Ello entrañaría, según criterio propio, la negación del determinismo, ya que representa que el ser normal está en disposición de escoger entre una cosa y otra, sin tener preferencia ni por una cosa ni por otra.

Sabemos que hoy en día se admite la irresponsabilidad parcial; en algunos casos se considera que el individuo es un anormal y que no existe responsabilidad jurídica que permita condenar. Hemos visto que el determinismo es la relación que va de causa a efecto; cada causa produce un efecto dado. Yo, en tanto que voluntarista dentro del determinismo, considero que la responsabilidad, como la conducta, como la educación, la moral, etc., etc., son capaces de determinar con su propio reconocimiento, una responsabilidad, una moral. Y que, por la misma razón, el reconocimiento de la irresponsabilidad es causa capaz de determinar conductas irresponsables. Además de que fundamento esto en las propias aserciones del determinismo, las fundamento asimismo en las experiencias que he podido constatar en este orden de factores. El reconocimiento de la irresponsabilidad parcial ha dado como resultado que toda una serie de seres adopten conscientemente una postura de anormales a fin de probar su anormalidad; es verdaderamente espantoso, ver con la afición, digna de mejor causa, con que pretendidos anormales se entregan al estudio del psico-análisis, para adoptar posturas que, en el examen médico, arranquen un fallo favorable; unos estudiando los motivos religiosos de Jung, otros los sexuales de Freud, y así una inmensa cantidad de aspectos del psicoanálisis con el fin ya señalado, para una vez conseguido, ser trasladados a los manicomios don-

de no existiendo las dificultades de fuga de cárceles y presidos, realizar ésta y entregarse con impunidad al robo principalmente. Tenemos como consecuencia del reconocimiento de la irresponsabilidad un determinismo. Irresponsables que, si bien yo considero que han sido abocados a la delincuencia por una serie de determinismos sociales y hereditarios incluso, considero asimismo que su anormalidad no es más que la coartada consciente que les permita hacer del delito una forma normal de vida.

Por otra parte, es curioso seguir el desarrollo que en la obra citada de A. Hamon se hace sobre la responsabilidad; en la misma, después de hacer un análisis de las distintas fundamentaciones de la responsabilidad, para encontrar en todas ellas falta de base y contradicciones, concluye: Primero, por negar la responsabilidad moral; página 201: «Hoy nos basta haber demostrado no existe la responsabilidad moral y son irresponsables todos los seres». Admitiendo asimismo, página 200: «El individuo que comete actos disonantes en la sociedad, en la cual vive, provoca, necesariamente, en la sociedad un deseo de reacción. Es fatal, inevitable, La actividad individual o colectiva, engendra la reactividad individual o colectiva: A modos diversos de acción, responden modos distintos de reacción. No tenemos ninguna necesidad del concepto de responsabilidad basado en el libre arbitrio»..., etc. Como vemos, se trata, en el fondo, de fundamentar la responsabilidad con otra palabra, la reactividad, en el determinismo, ya que en la misma página sigue: «Basta haya disonancia de actos para producirse la **represión, la prevención**» (el subrayado es nuestro), e incluso mostrarse partidario en la pág. 201, de que esta reactividad se manifieste «en procesos correccionales, de tratamiento preventivo o **supresivo**...» (el subrayado es nuestro) y aun cuando señala que la acción no se dirigía «al individuo agente sino a las propias causas de los actos disonantes».

Lo que no comprendemos es cómo sería posible sancionar las causas, lesiones cerebrales, herencias patológicas, sin sancionar al individuo, como en la misma obra se señala cuando dice (pág. 166), a propósito de castigar al individuo en el estado consciente, por los actos cometidos en el estado inconsciente o anormal. «Llégase, entonces, a este original corolario: un individuo, en el estado—primero—, sufre castigos por actos realizados en el estado—segundo—, durante el cual vivió en plena inconsciencia. Nuestros médicos legistas no han conseguido aún establecer separación en el organismo humano, de forma que la justicia pueda castigar al individuo en el—segundo— estado, haciendo omisión del —primero—.» Ocurriéndose nos preguntar, si es que los partidarios de la «reactividad» han conseguido encontrar este medio a lo cual el propio Hamon nos responde (pág. 201) diciendo: «Esta higiene, esta terapéutica sociales, no podemos, por el momento, exponerlas; será necesario estudiar, de antemano, los criminales, la etiología de los crímenes y ver los modos actuales de acción contra los delincuentes. Solamente entonces, podremos, con conocimiento de causa, establecer una higiene y una terapéutica sociales.»

En el transcurso de lo escrito hasta el momento, he pretendido demostrar el fundamento de la voluntad a través de algunos deterministas, de los que se citan en la obra de Hamon, como asimismo las divergencias que respecto a la responsabilidad existen entre los voluntaristas y algunos deterministas, mas no quisiera cerrar este trabajo sin citar también la opinión que J.M. Guyau manifestaba

respecto a la voluntad, teniendo en cuenta que Guyau era determinista, según se desprende de su obra.

En la pág. 62 de «La educación y la herencia» (Bibliófilos, Bouret, París) dice así refiriéndose a las ideas-fuerzas: «La fuerza de la idea explica a un mismo tiempo los dos términos del problema moral; la voluntad y el objeto de querer. La voluntad es esencialmente la potencia de presentarse a la vez, antes de la acción, todos los motivos contrarios de obrar o de no obrar, llegando en esta complejidad de motivos, no a la irresolución, sino a la resolución perfectamente consciente de sí propio; la fuerza impulsiva de los motivos se ofrece entonces proporcional a su racionalidad, y la voluntad es por tal modo el germen de la moralidad misma.» En la pág. 63, sigue: «Un ser es capaz de educación y de moralidad en la proporción en que lo es de voluntad y en que funcionan en él, complicándose hasta lo infinito, esas asociaciones que provocan casi a la vez en la conciencia la visión de todos los efectos visibles de un acto.» Como vemos, para Guyau, la voluntad es la potencia, que antes de la ejecución de un acto se representa todos los motivos, en pro y en contra, y como consecuencia de ello determina, y determina conscientemente, según él mismo, independientemente de los motivos y de acuerdo a un fin propuesto. En la misma página 63 sigue: «La plena voluntad, es decir, el total despliegue de las energías interiores, supone que a la representación del acto mismo que va a verificarse se asocia la representación debilitada del acto contrario. Por tal camino creemos poder afirmar que no hay acto plenamente voluntario; o, lo que viene a ser lo mismo, plenamente consciente, que no esté acompañado del sentimiento de la victoria de ciertas tendencias interiores sobre otras, a consecuencia de una lucha posible entre esas tendencias, y en virtud, por fin, de una lucha posible contra esas tendencias.» Esas tendencias que entran como motivos de lucha, en contra de un acto, o sea de otras tendencias, son, según Guyau, los motivos morales, que como un nuevo factor determinativo, entran a formar parte de nuestra complejidad, venciendo, según su intensidad, a los otros motivos que luchan por realizarse. Así, pues, Guyau, no tan sólo asocia conciencia y voluntad, sino que además asocia voluntad y moralidad, y como seguidamente veremos asocia asimismo la voluntad con la libertad.

Lo transcrito hasta el momento de dicho autor entraña, según criterio propio, que el acto voluntario va precedido de todo un complejo mecanismo del que forman parte un motivo o serie de motivos; el motivo o serie de motivos contrarios, de orden moral; una deliberación y una resolución plenamente consciente de sí misma. En la página 63, dice: «La libertad consiste sobre todo en la deliberación. La elección no es libre más que a condición de haber sido deliberada: el verdadero principio de la libertad debe, pues, ser buscado más allá de la decisión, en este período de examen que le precede y en el cual se ejerce la plena inteligencia.» Como vemos, Guyau relacionaba la voluntad con la moral, la conciencia y la libertad, y todo lo relacionaba dentro del determinismo, ya que en la misma página 63 dice: «Ahora bien; la deliberación, lejos de ser incompatible con el determinismo, no podría comprenderse sin él; porque una acción liberada es aquella de que se puede dar razón, y que por tal modo

se encuentra completamente determinada. No hay, pues, libertad fuera de la deliberación, y por otra parte, la deliberación consiste simplemente en la determinación del motivo mejor por vía científica.»

Si el reconocimiento de que Malatesta no negaba el determinismo en la que tiene de relación de causa a efecto podría ser discutido, no creo, no obstante, que nadie se atreviera a sostener que Guyau negaba el determinismo, y sin embargo, fundamentaba dentro de este determinismo la voluntad, presentándola como algo completamente distinto del libre arbitrio, que negaba, haciendo un canto tan elevado de esta voluntad que relacionaba y confundía incluso en ella lo que de más sublime tiene el ser humano: ser un animal moral; ser consciente, asimismo atribuir a la voluntad la plena inteligencia, y la misma libertad en lo que ésta tiene de más sublime; raciocinar nuestras acciones antes de realizarlas, por lo que podemos afirmar. Obro así porque quiero, ya que podría obrar de forma muy distinta si en ello encontrase un placer.

En lo que de sujeción tiene el determinismo, que parece automatizar al ser humano, Guyau se expresaba de la siguiente forma (pág. 64): «Un perro atado por su dueño, pero cuyo dueño desease ir precisamente por donde el perro quiere, se creería perfectamente libre. Un pez encerrado en un vaso de vidrio, pero que se sintiese perfectamente atraído hacia el centro del vaso por algún alimento o cualquier otra razón, no se daría cuenta de su encierro. ¿Cómo, pues, no hemos de creernos libres, nosotros que estamos en una posición infinitamente superior a la del perro o a la del pez? En efecto, nadie nos tiene atados ni prisioneros. Nuestra esclavitud no consiste más que en hacer precisamente todo lo que nos parece mejor: no obedecemos sino a nuestras preferencias, lo que es, en verdad, la más agradable de las cosas.»

Guyau afirmaba asimismo que el ser nunca estaba plenamente formado, con lo cual nadie, de una forma absoluta, podía decir lo que seríamos o haríamos mañana, ello fundamentado en la constante variación de los motivos, cuya variación amplía aun más nuestra independencia, ya que un motivo dado es sometido a la deliberación de todos los otros que ya conocemos, lo cual entraña que a mayor conocimiento de motivos, mayor moralidad, mayor conciencia y mayor libertad en la determinación.

El análisis de todo lo que Guyau expone sobre la voluntad en la obra citada nos llevaría a prolongar este trabajo enormemente, no siendo éste nuestro propósito. Por lo cual concluiremos, afirmando, eso sí, que la voluntad no tiene nada que ver con el libre albedrío. Que afirmándose en el determinismo nadie, en buena lógica, puede fundamentar la irresponsabilidad, ya que con el mismo determinismo se fundamenta el hacer al individuo cada vez más responsable, lo que conduce a una concepción más elevada de la humanidad, y, finalmente, que la voluntad, sobre hacer al individuo responsable de sus actos, explica la concepción voluntarista de la historia, haciendo del ser humano el realizador de su propio destino, cada día de una forma más consciente, y cada día también con una mayor independencia respecto de lo que es su naturaleza animal, a la que constantemente va dominando y sometiendo.

M. LLATSER

PACIFISMO CIENTIFICO



(Conclusión)

ARA Manuel Devaldés, siendo el determinismo de la guerra la superpoblación, es por ahí donde hay que hundir el muro. La guerra para terminar con la guerra—la guerra hasta el fin—la conquista del ejército: otras tantas fórmulas vacías, políticas de Gribouille, «que nos mantienen en el infierno de violencia», escribió Manuel Devaldés que no esperaba «que un mundo nuevo salga de la abyección de la guerra».

Devaldés se siente de tal forma llevado por la justificación, si así puedo decir, de su pacifismo científico, que su razón no le deja espacio para concebir otras formas de lucha contra la guerra, que, si no buscan la raíz de las causas de los conflictos bélicos, pueden contribuir grandemente a la comprensión de una resistencia permanente a la preparación de la guerra y despertar la conciencia en el individuo ante el crimen que se prepara, determinándola a actos positivos.

Es por lo que estoy decidido a separarme, en este punto, de Manuel Devaldés, cuando él mete dentro del mismo saco la objeción de conciencia como medio de combate contra la guerra, colocándola entre las utopías nuevas que han suscitado el entusiasmo pasajero de la extrema vanguardia.

Así pues, la objeción de conciencia colectiva no encuentra disculpa ante su pacifismo científico, y es lástima.

Sin duda, la objeción es ante todo un acto ético, estético, individualista, de acuerdo; no es quizá, mientras sólo sea individual, un medio de terminar la guerra. Es posible, y temo que por mucho tiempo todavía, que sólo una infima minoría a ella recurra.

Pero las líneas escritas por Devaldés, que ha estudiado el valor de la conciencia en una serie de trabajos profundos y que ha sido él mismo un objeto de conciencia, un insumiso, un refractario a toda guerra, salvo en una época de su vida en que concebía la defensa de una sociedad comunista que conseguía satisfacerle, son por ello mismo más enfriadoras. Ellas no atañen, sin embargo, en mi opinión, a aquellos que hacen de la objeción de conciencia una panacea universal, atrincherándose únicamente en una negación puramente mística sin estudiar o examinar los inponderables que se producen en la vida social y humana.

Indiscutiblemente, el problema de la superpoblación ha sido evidenciado por hombres de Estado y por economistas. Herbert Hoover, dictador de los viveres después de la primera guerra mundial, no ha vacilado en insistir sobre el fenómeno demográfico.

Por otra parte, en una colección publicada bajo los auspicios de la UNESCO—«Los hombres y su alimento»—donde se exponen los problemas demográficos, los de la alimentación después de esta segunda guerra mundial, se

habla extensamente de encontrar remedios, sin abordar, sin embargo, el problema de la limitación de los nacimientos; salvo, quizá, Aldous Huxley que en «Doble Crisis», escribe: «En tanto que la idolatría nacional seguirá siendo la religión real de la humanidad; en tanto que se creará que la guerra es justa, necesaria, inevitable, ningún gobierno de ningún país en el que el porcentaje de natalidad es elevado se decidirá a limitarla. Inversamente, ningún país en el que el porcentaje de natalidad es bajo, renunciará por anticipado a esforzarse en elevar este porcentaje para aumentar, por este hecho mismo, el efectivo de sus fuerzas armadas (1). Y Aldous Huxley termina su estudio escribiendo: «El acrecentamiento incesante, casi explosivo, de la población mundial, comenzado hace unos dos siglos, continuará, según todas las probabilidades, por lo menos durante otro siglo. Por lo que podemos comprobar, ningún otro fenómeno de este género se ha producido. Nos encontramos ante un problema que no tiene precedente. Descubrir y luego aplicar los remedios, será la dificultad (2).

No se quiere coger el toro por las astas, según una expresión corriente, sino usar paliativos.

Para Devaldés, «como la superpoblación es la causa primordial de la guerra, la limitación de los nacimientos es el factor primordial de la paz. Es, pues, el único medio permanente de evitar la guerra (3).

Es lo que desarrolla en el antepenúltimo capítulo de su obra, en el cual preconiza la limitación de los nacimientos como la sola realidad positiva para combatir la guerra.

La guerra es el resultado del instinto sexual genésico y para Devaldés sólo la ciencia cuenta. De la mística se preocupa poco. Limitación de las concepciones; no es sólo a Malthus a quien debemos esta idea, ya formulada por Platón en su «República» y luego por Aristóteles.

Otros, después de ellos, la han desarrollado: J. Arthur Thomson, Adelyne More, J.B. Haldane, Herbert Croly, y olvido muchos, ya que la enumeración sería fastidiosa.

El Dr. G. Drysdale ya llegaba a la conclusión, en 1905, en un Congreso de la Federación Universal de la Regeneración, celebrado en Lieja, de que era necesario evitar la producción de familias demasiado numerosas. Un sociólogo inglés, Edward Isaacson, confirmaba esta manera de ver en 1912.

Desgraciadamente, la rutina domina y su imperio sobre el espíritu es grande. Por ello todo continúa como si no debiéramos alarmarnos por nada.

La enfermedad gana terreno, la crisis se desarrolla, las guerras se renuevan en tiempos cada vez más cercanos; se hacen permanentes sin que la razón pueda hacer triun-

(1) P. 15. «La double crise». París, Edit. Dunod.

(2) Pág. 25. «La double crise», París, Edit. Dunod.

(3) Pág. 212. «Creer y multiplicarse es la guerra».

far la indispensable necesidad de la limitación de los nacimientos.

Ignorancia, avaricia, cobardía, el mundo se hunde en la idea crónica de las guerras inevitables.

No obstante, para abolir la guerra, la limitación mundial de los nacimientos es necesaria. Es éste el nudo de toda la acción a realizar por un pacifista consciente, pero, para esto, precisa que se opere una revolución intelectual.

Aquí, Manuel Devaldés, ataca directamente a la religión, la peor enemiga del pacifismo científico.

Para él, este finalismo religioso es un obstáculo a la paz, a todas las paces: «En la práctica corriente de la vida, ella se traduce por el conservadurismo, por el reaccionarismo, contra la evolución progresiva que se ha realizado; en fin, por el conformismo ciego de la naturaleza». Ciertamente, se puede encontrar en la producción de los escritos religiosos un arsenal suficiente de pensamientos que justifican esta manera de ver. Algunos herejes se han levantado, a través de los siglos, para proclamar que los dogmas de la Iglesia y de las religiones, eran revisables, discutibles o prestándose a interpretaciones diferentes. Pero las altas competencias, los dignatarios responsables de los cimientos del edificio se han apresurado siempre a afirmar el orden divino y la imperiosa necesidad de conformarse a él, bajo pena de anatema.

«Si un cristiano es pacifista, no lo es porque es cristiano, sino porque es un racionalista que se ignora, un ser de razón en el fondo de sí mismo, pero obstinado en la idea que cree profesar, idea irrazonable, absurda y que representa lo contrario de su ideal (pág. 299).

Sobre estos caminos solos, puede haber esperanza de que el material humano, no sea un alimento para las masacres de mañana.

Devaldés termina su libro que, desde el punto de vista del pacifismo científico, me parece lo que se ha escrito de más completo, con estas líneas que reproduzco: «Si la humanidad no quiere sufrir la guerra, hay que arrancar la raíz de esta plaga. Y esta raíz es el desequilibrio permanente entre la población y las subsistencias, la superpoblación causada por la reproducción desordenada de los seres humanos. Precisa poner a ello freno: es preciso limitar los nacimientos (p. 310).

Después de haber producido una obra de tal importancia sobre la cuestión del pacifismo científico, no quedaba gran cosa a añadir. Así Manuel Devaldés, en las publicaciones que hasta hace poco realizara, se limita a glosar lo esencial de lo que ha escrito, o a analizar los acontecimientos producidos después de 1933, sacando de ellos las conclusiones que se imponen.

«La guerra en el acto sexual», folleto que data de 1935, supongo, reproduce las páginas aparecidas en 1934 en la revista «L'En Dehors», que dirigía E. Armand.

Los artículos de revista pasan; el folleto queda; tal es la razón de esta reimpresión. Además, ella rellena algunas lagunas de «Crecer y multiplicarse, es la guerra» y representa uno de los numerosos añadidos que le parece necesario hacer a su último libro sobre este asunto.

En éste, Freud, el Dr. René Allendy, Julián Huxley, son evocados para servir a Manuel Devaldés, en la exposición de su problema: «La guerra en el acto sexual».

Hay incluso un recuerdo del héroe de la novela de Artzybachev: «En el extremo límite». Se trata de «Sanine» o del «Beso de la nada». Quizá Manuel Devaldés quiere descender, para llegar a la realización «hasta la mentalidad del hombre, penetrar en el dominio de la psicología».

Procede al análisis psicológico de la sexualidad en la humanidad y más particularmente examina la masculinidad. Nos dice a continuación que hay un instinto sexual, pero no un instinto genésico. «Hay que remarcar que esas características del acto sexual masculino: el egoísmo, la agresividad, la crueldad y la dominación, se convierten, en la pluma o la boca de los «moralistas», en otras tantas virtudes, cuando el dicho acto tiene consecuencias genésicas. Son estas «virtudes» las que nos conducen a la guerra, la que, por lo demás, obtiene también la aprobación más o menos categórica del moralista».

Sadismo, espíritu de dominación; releed, pues, «La Ordenación» (p. 139) de Julián Benda, para convencerlos y dejáos tentar por el estudio de Félix Le Dantec sobre «El Egoísmo, base de toda sociedad»; quizá entonces empearéis a daros cuenta que, pese a que la inmensa mayoría de la humanidad desea la paz, «la vida sexual, tal como ella es practicada, conduce necesariamente a la guerra».

Ignorancia, ciertamente, en los humanos que somos, de que la paz en la tierra necesita condiciones para existir y ellas es preciso conocerlas. Manuel Devaldés nos ayuda a ello con fervor, lógica y simplicidad, y, para convencerse precisa leer la recopilación de artículos sobre «La guerra en el acto sexual».

En 1937, Manuel Devaldés publicó un nuevo folleto: «Una guerra de superpoblación. Las enseñanzas de la guerra italo-abisinia» (4).

En una dedicatoria, con toda simpatía, en 1945, su autor escribía «esta nueva ilustración de la tesis de la superpoblación, causa de la guerra». Y es esto lo que dice su estudio. Con numerosas llamadas a sus obras anteriores, el autor nos describe el exceso de población italiana, el aumento del paro forzoso, la necesidad de encontrar espacio vital para esa abundancia de hombres que mueren de miseria... no importa bajo qué régimen.

Hitler volverá a utilizar la fórmula «espacio vital» y el Japón no se olvidará de invocarla igualmente cuando su invasión de Corea.

Necesidad de expansión, se ha dicho muy pronto y pronto se ha encontrado el «casus belli». Sin duda, se envolverá la aventura con pretextos idealistas, pero nadie fue engañado cuando se produjeron los hechos. Los motivos reales estaban corroborados por testimonios irrefutables, que era fácil encontrar incluso en la misma prensa fascista, o en los discursos oficiales de los dirigentes del régimen, con Mussolini a la cabeza.

Manuel Devaldés examina el estado psicológico en el interior del país superpoblado donde el ejército de los viejos carniceros sádicos se desencadena para exaltar una guerra que quiere popular, que se quiere la guerra de la nación.

Para ello, la literatura no falta y cuando se habrán invocado imperiosamente las necesidades del pueblo, de la familia, de la emigración, se habrá dicho todo: «una guerra de campesinos que busca la tierra». Después, hay el estado psicológico en el exterior, las rivalidades y celos internacionales; ellas son numerosas y más fáciles todavía de hacer surgir en un mundo lleno de ambiciones, en el que algunos se sienten lesionados en el reparto de las riquezas coloniales.

La superpoblación se afirma, pues, una vez más, como asesina de libertad; el fascismo y el imperialismo arrastran a la muerte a todo un pueblo.

(4) París. Edit. La Grande Réforme.

Este es el escándalo indignante que se perfila ante la razón y la justicia; la estupidez y la crueldad rivalizan con la hipocresía, intentando justificar la guerra de superpoblación. Con cinismo, se aplaude el asesinato. La guerra de Etiopía fué un ejemplo, hasta entonces inigualado, de una legitimación provocada por un gobierno de loca dirección y con criminales ambiciones.

Y fué la comida de las fieras con la aprobación tácita de los otros gobiernos y la pálida protestación de la S.D.N. De forma que poco tiempo después, Mussolini declaraba que Italia podía contarse ya entre las naciones satisfechas.

En todo esto, la ignorancia y la importancia de los pacifistas fueron grandes: palabras de condenación y más palabras, eso fué todo. Devaldés concluye con una reafirmación de que sólo la limitación mundial de los nacimientos es un medio que puede conducir a la paz; el resto no es más que hojarasca y futilidad.

La segunda guerra mundial debía, una vez más, destruir todas las perspectivas posibles de una elaboración de trabajo de largos años en favor de un pacifismo científico.

He procurado seguir el orden cronológico de las ediciones de los escritos de Manuel Devaldés, para hacer de ellos un análisis lo más fiel posible. Quizá por ello no he comentado suficientemente los esfuerzos hechos en ciertas publicaciones, revistas y periódicos. No obstante, tengo la convicción que el mismo autor los ha recogido en sus folletos y libros y que por lo tanto lo esencial de su pensamiento ha sido estudiado.

De todo esto resulta que Manuel Devaldés ha intentado dotar a la lucha de los pacifistas de una concepción precisa racional, a la que ha dado el nombre de pacifismo científico: «Le llamo pacifismo científico, por oposición al de los pacifistas sentimentales o místicos, que creen que con bellas y buenas palabras, verán sus deseos transformados en realidades; por oposición también al de los pacifistas incompletos que, todo y estando animados de un espíritu más realista que los precedentes, se detienen en cierto punto en la búsqueda de las causas de la guerra (5).

Precisando lo que él creía en «Crecer y multiplicarse, es la guerra», escribe: «El pacifista científico es el hombre

que, por el estudio de la naturaleza, a través de un encadenamiento de fenómenos muy complejo, ha descubierto la causa primera de la guerra y levanta contra esta plaga, racionalmente, un obstáculo adecuado a su causa. Al exceso de población, opone la limitación de los nacimientos, pese a la risa de los imbéciles, la indignación de los hipócritas y la cólera de los belicistas (págs. 274-275).

Pues bien, precisa decirlo, Manuel Devaldés no estaba ciertamente satisfecho de todo lo que había publicado. Pensaba escribir una obra que llevaría por título «El pacifismo científico», estudio más amplio. Desesperaba de encontrar un editor clarividente, una especie de mecenas pacifista que le ayudase «a hacer conocer a la humanidad, con toda la amplitud que esta tarea exige, el único instrumento de la paz, tanto social como internacional».

El falso pacifismo encuentra siempre los concursos necesarios, pensaba Manuel Devaldés; no ha impedido ni impedirá jamás ninguna guerra. Este falso pacifismo no ha abolido tampoco ni abolirá jamás la guerra, ya que, según la afirmación de Manuel Devaldés: «Para no hacer nada, este falso pacifismo ha encontrado audiencia y posibilidades de hacer una». El pacifismo científico, que sería el único eficaz, no encuentra nada. ¿Será siempre así?

En esta espera, desgraciadamente, Manuel Devaldés se ha ido. Confiamos en que su pensamiento continuará viviendo en los medios pacifistas; esperemos que se encontrarán jóvenes que recojan la antorcha de las verdades que él no cesó de proclamar con orgullo, tenacidad e intransigencia y que continúen su obra.

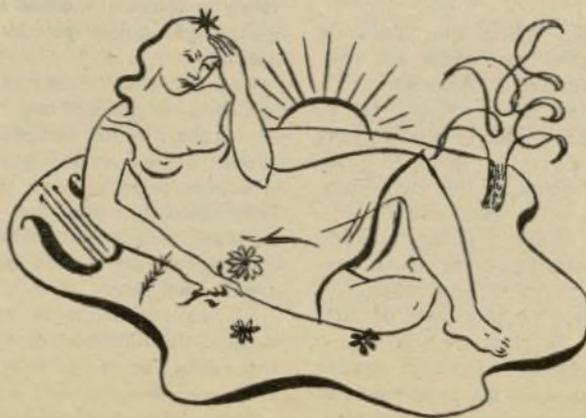
Este modesto trabajo quisiera servir para trazar un camino hacia el porvenir. A otros corresponde proseguir la difusión del pensamiento de Manuel Devaldés y de su pacifismo científico.

HEM DAY

Bruselas, julio 1957.

Trad. F.M.

(5) P. 4. «La Cause Biologique et la Prévention de la Guerre».



De Walden or life in the woods

De Walden o la vida en los bosques

INDUMENTARIA



N cuanto a la ropa, para llegar al aspecto práctico del asunto diré que muy a menudo nos guiamos más al hacer la adquisición, por el amor a la novedad y el cuidado, por la opinión de los hombres, que por la verdadera utilidad de las prendas de vestir. Hagamos que recuerde el que tenga que trabajar y cuál es el objeto de la ropa: primero, la retención del calor vital, y segundo, en este estado de sociedad, cubrir la desnudez; una vez hecho esto, se puede juzgar qué cantidad de trabajo importante o necesario puede realizarse, sin aumentar su guardarropa. Tanto los reyes como las reinas que visten solamente una ropa por vez, aunque esté confeccionada por un sastre o modista real, no pueden conocer la comodidad de usar una ropa que nos queda bien, y su posición no es mejor que la de los caballetes de madera a los cuales se les cuelgan ropas recién limpiadas. Cada día que pasa, nuestras prendas de vestir se parecen más a nosotros, y reciben la marca del carácter personal, hasta el punto en que vacilamos en deshacernos de ellas, sin un retraso y tratamientos médicos semejantes y hasta con una solemnidad parecida a la de nuestros cuerpos. Un hombre no perdió mi estimación nunca, por tener un remiendo en sus ropas, y sin embargo, estoy seguro de que comúnmente existe una ansiedad mayor por tener vestidos a la moda o por lo menos limpios o sin remiendo, que por tener una conciencia sólida. Pero aunque la rasgadura no esté zurcida, quizá el peor vicio descubierto es la imprevisión. Algunas veces suelo poner a prueba a mis conocidos con preguntas como ésta: «Quién de ustedes podría tener en la rodilla un remiendo o tan siquiera un par de costuras más?» Muchos de los interrogados reaccionan como si creyeran que sus probabilidades en la vida serían arruinadas si lo hicieran. Sería mucho más fácil para ellos, ir cojeando por la villa con una pierna rota que con un pantalón roto. A menudo, cuando las piernas de un caballero sufren un accidente, pueden arreglarse, pero si un accidente similar ocurriera a las piernas de sus pantalones, no hay solución posible, porque el hombre acepta no lo que es verdaderamente respetable, sino lo que es respetado en general. Conocemos sólo a unos pocos hombres y a una gran cantidad de chaquetas y calzones. Vestid a un espantapájaros con vuestro último traje, deteniéndolos desnudos a su lado, ¿quién no saludaría antes al espantapájaros? El otro día pasaba yo por un campo de maíz, muy cerca de un sombrero y una chaqueta puestos sobre un palo, y reconocí al dueño del campo. La diferencia era que entonces estaban un poco más gastados por la intemperie que cuando los había visto últimamente. También he oído de un perro que ladraba a toda persona extraña pero vestida, que se acercaba al edificio de su dueño, y que se

tranquilizaba fácilmente ante la vista de un ladrón desnudo.

Sería una cosa interesante saber cuánto duraría la posición social de los hombres si éstos fueran despojados de sus vestiduras. En este caso, ¿podríais decir quién de un grupo de hombres civilizados pertenece a la clase más respetada? Se cuenta que cuando la señora Pfeiffer (1) había llegado a Rusia asiática, ya cerca de su país natal, durante uno de sus intrépidos viajes alrededor del mundo desde Oriente hasta Occidente, confesó sentir la necesidad de usar una ropa distinta a su traje de viaje, y cuando fué a ver a las autoridades, explicó que esto se debía a que «ahora se encontraba en un país civilizado, donde la gente es juzgada por sus ropas». Hasta en nuestras democráticas ciudades de Nueva Inglaterra, el casual adquirente de una riqueza es respetado casi universalmente sólo por su exteriorización a través de su vestido y su carruaje. Pero aquellos que guardan semejante respeto, siendo tan numerosos como son, son de igual modo paganos y requieren el envío de un misionero. Además, el vestido trabajo consigo el coser, un trabajo que podéis llamar sin fin; por lo menos un vestido de mujer, no está terminado nunca.

Un hombre que al fin ha encontrado algo que hacer, no necesitará para ello confeccionar un nuevo vestido; el anterior, que ha estado en la polvorienta buhardilla por tiempo indeterminado, será adecuado para él. Un par de zapatos viejos durarán más tiempo a un héroe que a su criado, en el caso de que alguna vez suceda de que un héroe tenga un ayuda de cámara—los pies descalzos son más viejos que los zapatos y puede hacerlos servir—. Sólo quienes van a tertulias y reuniones legislativas necesitan nuevas levitas, y precisan cambiarlas tan a menudo como el hombre cambia en ellas. Pero si mi chaqueta y mis pantalones, mis zapatos y mi sombrero son apropiados para rendir culto a la vida, ellos me servirán, ¿no es así, acaso? ¿Quién vió alguna vez sus viejas ropas, su vieja chaqueta, realmente gastada, reducida a sus elementos primitivos, en forma que no fuera un acto caritativo el dársela a un pobre muchacho—el que quizás se la diera a su vez a alguien más pobre todavía (o diremos, más rico)?—¿Quién pudo hacerlo con menos?

Por eso digo: tened cuidado de aquellas actividades que exigen nueva ropa, y no más bien una nueva persona que pueda usarla. Si es que no existe un hombre nuevo, ¿cómo es que los nuevos vestidos son llevados bien por alguien? Si tenéis ante vosotros una nueva actividad, realizadla con vuestro viejo traje. Lo que todo hombre desea no es algo «con qué hacer», sino «realizar», o más bien, «ser algo». Quizá no debiéramos adquirir un nuevo traje, por muy harapiento y sucio que estuviera el anterior; hasta que

(1) Ida Aeyer Pfeiffer (1797-1858), viajera vienesa que publicó su primer periplo en 1850. Trad.

nos hubiéramos conducido, arriesgado o embarcado en algo en forma tal, que ello nos hiciera sentir como hombres nuevos dentro del viejo traje y en ese caso, la retención de la ropa vieja, sería como el guardar vino nuevo dentro de botellas usadas. Nuestra época de muda, debe ser en nuestras vidas una época de crisis, al igual que la de las gallinas. El «somorgujo» la pasa en los lagos solitarios donde se retira. En la misma forma, la culebra echa de sí la piel y la oruga su agusanada envoltura, por medio de trabajo interno o expansión; porque las vestiduras no son más que nuestra extrema cutícula y mortal cáscara. De otra forma, nos encontraremos navegando con falso pabellón y seremos con seguridad degradados por nuestra propia opinión y la de la humanidad.

Nos ponemos prenda sobre prenda, como si creciéramos al igual que las plantas exógenas por adición exterior. Nuestros vestidos superficiales, a menudo delgados y de fantasía, son nuestras epidermis o falsa piel, que no comparten nuestra vida y pueden ser desolladas aquí y allá, sin daño fatal; nuestras prendas más gruesas, usadas constantemente, son nuestro tegumento celular o corteza; pero nuestras camisas son liber o verdadera corteza, que no puede ser extraída sin descortezarla en forma de aro y así destruir al hombre. Creo que todas las razas usan en alguna estación algo equivalente a la camisa. Es deseable que un hombre se vista tan sencillamente, que pueda colocar sus manos entre sí en la oscuridad y que pueda vivir en todos los aspectos en forma tan firme y preparada, que si un enemigo toma la ciudad puede, como el «viejo filósofo», salir sin ansiedad por la puerta con las manos vacías. Como en la mayoría de los casos, una prenda gruesa equivale a tres delgadas, y se puede obtener ropa barata por precios realmente convenientes para los clientes; como una chaqueta gruesa puede comprarse por cinco dólares, y durará por lo menos el mismo número de años; con dos dólares, un par de gruesos pantalones, y por un dólar, botas de cuero de vaca; por un cuarto de dólar, un sombrero de verano; y una gorra de invierno por sesenta y dos centésimos y medio, mientras que se puede hacer una mejor en casa y a un precio teórico, ¿existe algún hombre así vestido con sus propias ganancias, a quien un hombre sabio no le rinda reverencia?

Cuando pido una prenda de forma determinada, mi costurera me dice con toda seriedad: «Ahora ellos no lo hacen de esta forma», sin poner énfasis en el «ellos», como si citara lo dicho por alguna autoridad tan importante como las Parcas, y confieso que me suele ser difícil obtener lo que pido, simplemente porque ella no puede creer que yo sea tan imprudente, y que realmente quiera lo que pido. Cuando escucho esa frase tan fatídica concentro mis pensamientos por un momento, y trato de subrayarme cada palabra por separado, para así poder entender su significado, luego descubrir cuál es la relación consanguínea entre «ellos» y «yo», y cuál es la autoridad de ellos para que pueda afectar en esa forma un asunto que únicamente a mí me concierne; y después de estos pensamientos, siento deseos de contestar a mi costurera con tono misterioso, y sin poner más énfasis en las palabras «ellos»: «Es verdad que recientemente «ellos» no lo hacían así, pero ahora lo confeccionan de esta forma». ¿Cuál es la ventaja de que me tome las medidas, si al hacerlo no mide mi carácter, sino el ancho de mis hombros, como si fuera un gancho donde se cuelga la chaqueta? No adoramos las Gracias ni las Parcas, pero sí la Moda. Ella hila, teje y corta con autoridad plena.

El jefe de los monos en París, se pone una gorra de viajero, y todos los monos hacen lo mismo en América. A veces suelo dudar de que en este mundo se pueda obtener algo simple y honesto por ayuda de los hombres. Creo que antes tendrían que pasar por una prensa poderosa, para extraer de ellos sus antiguos conocimientos, para que no pudieran ponerse de pie en seguida, y aun entonces habría entre ellos alguien con un capricho en la cabeza, madurado en algún huevo depositado allí, no se sabe cuando, porque ni siquiera el fuego destruye estas cosas; y todo el trabajo se habría perdido. Sin embargo, no olvidaremos que algún trigo llegó a nuestras manos de las de una momia.

Ahora bien, no creo que se pueda afirmar que en éste o en aquel país, el vestir haya llegado a ser un arte. En estos tiempos los hombres se dan maña para usar lo que pueden obtener. Al igual que los marinos sobrevivientes de un naufragio, se ponen lo que encuentran en la costa, y a una pequeña distancia, ya sea de espacio o de tiempo, los unos se ríen de los disfraces de los otros. Cada generación se ríe de las modas antiguas, pero sigue religiosamente la actual. Al contemplar los vestidos de «Enrique VIII», o de la «reina Elisabeth», nos divertimos tanto como si fueran los del rey y la reina de los canibales. Todo vestido fuera del hombre, resulta lastimoso y grotesco. Solamente el ojo serio que mira desde él, o la vida sincera que transcurre en su interior, frenan la risa, y consagran al vestido de toda gente.

Haced que «Arlequín» sea atacado por un cólico, y sus adornos también tendrán que servirle en ese estado. Cuando un soldado es herido por una bala de cañón, los harapos son tan apropiados como la púrpura. El gusto infantil y salvaje, tanto de hombres como mujeres, por nuevos modelos de vestidos, mantiene a muchos temblando y bizcos, a través de caleidoscopios, para que puedan descubrir cuál es la determinada figura que hoy exige esta generación. Los confeccionadores saben que esta afición es tan solo caprichosa. Entre dos modelos iguales en todo, salvo en unos hilos más o menos de un color distinto, ocurrirá que uno será vendido inmediatamente, y el otro quedará sin venta, a pesar de que muy a menudo suele ocurrir que al pasar una temporada, el segundo se convierte en el de última hora. En comparación, el tatuaje no es una costumbre tan espantosa como se dice. No es bárbara sólo porque es un impreso intradérmico e inalterable.

No puedo creer que nuestro sistema de taller es el mejor modo por el cual los hombres pueden obtener su ropa. La situación de los obreros se está tornando muy similar a la de los ingleses, y no hay que asombrarse de ello, desde que según lo he oído y observado, el motivo principal no es el de que la humanidad esté bien y honestamente vestida, sino, sin duda alguna, el de que las empresas puedan enriquecerse. En la larga carrera, los hombres dan solamente en aquello que quieren alcanzar. Por lo tanto, aunque al principio fallaran, es mejor que aspiren a alcanzar algo elevado (2).

HENRY DAVID THOREAU

Trans. V. Muñoz.

(2) Thoreau (1817-1862), vivió en la entonces solitaria laguna de Walden, desde el 4 de julio de 1845, hasta el 6 de septiembre de 1847. Las enseñanzas de su vida en aquel período las escribió en una perdurable obra titulada precisamente «Walden o la vida en los bosques», que fué pu-

MICROCULTURA

1. — Calpe se llamaba antiguamente el promontorio de Gibraltar, una de las columnas de Hércules.

2. — La tendencia de ciertos organismos vivos, especialmente de las plantas, a buscar la luz, se llama «fotropismo». Un ejemplo lo tenemos con la acción del girasol.

3. — A Beethoven se le llamó «el rebelde solitario», pues su vida y su obra musical se caracterizaron por estos dos rasgos: soledad y libertad.

4. — Las «Leneas» eran los festivales que se realizaban en Atenas en honor a Baco, y durante los cuales se efectuaban los certámenes dramáticos.

5. — Las últimas palabras impresas de Anselmo Lorenzo, antes de desaparecer físicamente, fueron éstas: ¡SALUD, HUMANIDAD FUTURA!, pues así termina su último libro «Hacia la emancipación».

6. — Cinocéfalos: se llama así a los monos que tienen la cabeza parecida a los perros. En África existen algunas especies.

7. — La república más antigua del mundo es la de Suiza, pues tiene esa forma de gobierno desde 1291.

8. — Las famosas pinturas de la Capilla Sixtina fueron hechas por Miguel Ángel, escritor, pintor, arquitecto, escultor y poeta italiano (1475-1564).

9. — El novelista y dramaturgo italiano Luis Pirandello nació en 1867 y murió en 1936.

10. — El juego de polo se jugaba antiguamente en Egipto y Persia, desde donde pasó a Oriente. Los ingleses desde la India lo trajeron a Europa.

11. — Ciento cincuenta y dos periódicos extranjeros se publicaban en Nueva York al terminar el año 1956, entre los cuales había dos en castellano.

blicada por vez primera en 1854. Thoreau aboga por la simplificación de la vida como método de liberación personal o colectiva, en contra de la economía que tiende a la «acumulación» mórbida. Por estos últimos derroteros vaticinó que los hombres llegarían a ser «los instrumentos de sus propios instrumentos», que es lo que tenemos ante la vista. Numerosas ediciones han aparecido en inglés de «Walden», siendo como es Thoreau un clásico norteamericano, el polo opuesto a la tendencia mecanócrata de los Estados Unidos de hoy.

Leer y meditar a Thoreau no solamente es provechoso, sino que es altamente hermoso. Tres han sido las ediciones de «Walden» en castellano: Primera, «Walden o la vida en los bosques», traducción directa de Julio Molina y Vedia, Colección «El Navío», Ediciones EMECE, Buenos Aires, 15 de octubre de 1945, muy bien presentada, buen papel, 331 páginas, no agotada. Segunda, «Walden o mi vida entre bosques y lagunas», traducción directa y notación de Justo Gárate, Colección Austral, número 904, Ediciones Espasa Calpe argentina, prólogo de J.G., Buenos Aires, 24 de noviembre de 1949, bien presentada, agotada. Tercera, nueva edición de esta última con fecha 30 de diciembre de 1949, sin agotar.—V. M.

12. — La locomotora más antigua se halla en Gales, Gran Bretaña. Su construcción data de 1804.

13. — Se llama «corea» técnicamente a lo que vulgarmente se dice «baile de San Víctor», enfermedad convulsiva que ataca principalmente a los niños.

14. — El célebre tenor italiano Enrique Caruso vivió 45 años (1873-1921).

15. — El principal producto que exporta España es el de las naranjas. Representa el 16 % de sus ventas al extranjero.

16. — El poema más famoso de la antigua literatura francesa es «La chanson de Rolland».

17. — Se llama «contrapunto» en música a la concordancia armoniosa de voces contrapuestas.

18. — Babilonia fué fundada por Semiramis, mujer árabe y, su construcción duró 42 años.

19. — La paleografía, es la parte de la geografía que estudia los periodos primitivos en la historia de la tierra.

20. — La capital de Mongolia es Urga (o también Ulán Bator), de cien mil habitantes.

21. — Algunos científicos opinan que la capa de hielo que cubre Groenlandia tiene más de un kilómetro y medio de espesor.

22. — El gran poeta alemán Heine, dijo: Todo delito que no se convierte en escándalo, no existe para la sociedad».

23. — Gracias a los métodos de extracción modernos, varios tipos de arcilla, se usan en la fabricación del aluminio.

24. — La hermosa gema llamada «turquesa» es una composición de fosfato de alúmina, con algo de cobre y hierro.

25. — Un método para medir la altura de un árbol aislado, consiste en colocar verticalmente en el suelo una vara y medir su altura y la longitud de la sombra. Luego se mide la sombra del árbol, y la relación entre ambas sombras y alturas debe ser la misma.

26. — Corcursir, significa remendar con puntadas mal hechas los agujeros de la ropa.

27. — El 30 de diciembre de 1947 terminó la monarquía en Rumanía, con la abdicación del rey Miguel, que ahora trabaja en una fábrica de los Estados Unidos. Ojalá todos los monarcas, dictadores y presidentes republicanos, hicieran lo mismo: el mundo marcharía mejor.

28. — El más grande escultor de Atenas, en la época de Pericles, fué el inmortal Fidias.

29. — La única obra que nos queda de Praxiteles es una estatua de Hermes, con el niño Dionisios en brazos. La descubrieron en 1877 unos excavadores alemanes en Olimpia (Grecia).

30. — La matanza de San Bartolomé fué el degüello general de protestantes, ordenado por Carlos IX de Francia, el 24 de agosto de 1572.

31. — El químico prusiano Martín Enrique Klaprot (1743-1817), descubrió los minerales llamados titanio, el uranio y el teluro.

32. — En el siglo XIX se perseguía en España a la masonería, pues se la consideraba «movimiento subversivo».
33. — El lema de Liberia es: «El amor a la libertad nos trajo aquí».
34. — La teogonía es el nombre dado al conjunto de «divinidades» que forman el sistema religioso de un pueblo politeísta.
35. — Perucho Figueredo, autor del himno nacional cubano fué ejecutado por los colonialistas españoles el 7 de agosto de 1870.
36. — Antes de ser ocupada por los norteamericanos en 1898, Puerto Rico era una provincia autónoma de España. Actualmente es un Estado asociado a la Unión.
37. — El «Sinn Fein» era el movimiento nacionalista irlandés que perseguía la independencia de Irlanda.
38. — De la península malaya y de las Indias Orientales (Indonesia), proviene alrededor del cincuenta y ocho por ciento de la producción mundial de estaño; Bolivia produce el dieciocho por ciento.
39. — El maíz constituye el cultivo más importante de México.
40. — Cuando el bicarbonato de sodio que se usa en los extinguidores químicos de incendios, cae sobre el fuego, se descompone en carbonato de sodio, anhídrido carbónico y vapor de agua. Estos dos últimos, en estado gaseoso, son los que actúan conjuntamente para extinguir el fuego.
41. — Se llama en Argentina una «toldería» a un campamento de indios.
42. — Hace unos dos mil años que se usa el amianto como protector contra el fuego.
43. — Las «decretales» son una colección de cartas doctrinales, escritas por los primeros papas de la Iglesia católica.
44. — Se fabrica un envoltorio sanitario para alimentos y otros artículos, hecho con un nuevo tipo de papel impregnado que mata los gérmenes.
45. — El castillo que hay a la entrada del puerto de Puerto Rico se llama San Felipe del Morro.
46. — La labor más importante que la abeja cumple para el hombre es la polinización de las plantas, que ejecuta accidentalmente mientras se posa de flor en flor, en busca de néctar o polen.
47. — Aproximadamente el sesenta por ciento de todos los trabajos científicos que se publican en el mundo aparecen en idioma inglés.
48. — El mate es una planta americana parecida al acebo, cuyas hojas se emplean como las del té. Se toma «mate en bombilla» en el sur del Brasil (Rio Grande do Sul), Uruguay, Argentina y Paraguay, en donde se le conoce con el nombre de guaraní de «tereré».
49. — Hace sólo 200 años que se conoce el platino. El oro, sin embargo, era ya conocido hace 6.000 años.
50. — Aun los pájaros que se alimentan de semillas la mayor parte del año, ingieren gran cantidad de insectos durante la primavera.
51. — Francisco Javier Castaños (1775-1842) fué un generalote español cuyas tropas derrotaron a los franceses en Bailén.
52. — En Alaska han sido desenterrados recientemente cuerpos completos de animales prehistóricos, que se han conservado en buenas condiciones durante unos 15.000 años, sepultados en las heladas capas terrestres.
53. — Las islas Galápagos pertenecen al Ecuador y están en el Océano Pacífico.
54. — El traductor al castellano de «El Hombre y la Tierra», fué Anselmo Lorenzo, y el de la «Geografía Universal», Vicente Blasco Ibáñez.
55. — Se transmite ya en Estados Unidos, la televisión en colores para los hogares.
56. — El Dr. Agustín Sthal es un médico portorriqueño cuyos estudios sobre botánica y zoología son de conocimiento universal.
57. — Se fabrican ahora lámparas fluorescentes que tienen una vida media de 7.500 horas, lo que equivale a unos cinco años de iluminación. Los tamaños de lámparas incandescentes tienen una vida media de 1.000 horas.
58. — A los venablos de la época romana se les conocía por «pilos».
59. — El «sanhedrin» era un tribunal de los antiguos judíos en Jerusalén.
60. — El uso del microscopio electrónico está tan difundido en los Estados Unidos, que una universidad de ese país desarrolla un curso para formar especialistas en su manejo y utilización.
61. — Lola Rodríguez fué una poetisa portorriqueña que abogó en el siglo XIX por la libertad de Cuba y Puerto Rico. Nebuloso ensueño, pues esos países hoy independientes de los colonialistas españoles siguen siempre esclavizados por los «homos politicus» del Estado.
62. — En las regiones tropicales se encuentran a veces ostras en los árboles. Durante la marea baja quedan aprensadas en la enmarañada raíces de los árboles que viven en las costas anegadizas.
63. — El autogiro fué inventado por el ingeniero español Juan de la Cierva (1895-1936).
64. — El metal iridio es casi dos veces más pesado que el plomo.
65. — Hay una variedad de batata (patata dulce), que no se desarrolla en forma rastrera como las comunes, sino que crece hacia arriba, formando una mata de treinta centímetros de altura.
66. — Después de la guerra dos ciudades alemanas se disputaron el derecho de erigirse en capital de la Alemania occidental: Francfort y Bonn. Pero ganó esta última, siendo Bonn la capital actual de la Alemania llamada «libre».
67. — En muchos monumentos romanos puede verse aun las iniciales S.P.Q.R. que significaban: «Senatus Populusque Romanus» (El Senado y el Pueblo Romanos).
68. — Los comejenos o «termitas» (véase a Maeterlinck en «La vida de los Termitas») constituyen una familia muy numerosa. Una reciente publicación de la Smithsonian Institution, de Washington, cataloga 1932 especies diferentes en todo el mundo.
69. — Alaska fué vendida por la Rusia zarista a los Estados Unidos. Si los bolcheviques pudieran tener ahora esa «cabeza de puente» en el continente americano, sus sueños de «paneslavismo» serían más factibles.
70. — En la Revolución Francesa se hizo famoso el lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad.
71. — Un hoplita, era un soldado griego de la antigüedad, pesadamente armado.
72. — Diecisiete huevos tienen un contenido proteico equivalente a un kilogramo de carne.

SUNO

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant: Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

PROTESTO



Porque el can se rinde y llega,
humilde, a besar la mano
del amo cuando le pega,
el sabio género humano,
en solemne votación
y en escrutinio formal,
hizo esta declaración:
«El perro es el animal
más hidalgo y más leal
que existe en la creación.»

Del género humano con perdón,
quien comete tal acción,
quien lame o besa la mano
que le azota y le avasalla
es, bimanos, cuadrumanos
o cuadrúpedos, un canalla
que une a la canallería
la nota de cobardía.

Disculpe el género humano
esta humilde opinión mía,
este yerro — si es que yerro —,
pero si a mí, siendo perro,
me pegaran, mordería.
Y de hombre, si hubiera quien
mi carne de hombre azotara
y en esclavo me tratara,
le mordería también.

Por lamer y besar manos
cuando ellas les tratan mal
llevan los perros bozal,
tienen los hombres tiranos
y sufren la triste pena
de mirarse reducidos
a vivir dando ladridos
atados a una cadena.

Joaquín DICENTA

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni victimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OITICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos) 1.550 francos.
- «El sistema cooperativo»: James FETER W., 600 francos.
- «De la crisis económica a la guerra mundial»: CLAUDE, 500 fr.
- «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 500 fr.
- «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
- «Civilización del trabajo y de la libertad»: RAVIGLIO, 630 fr.
- «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 1.200 fr.
- «Historia del Primero de Mayo»: MAUGET, 1.200 fr.
- «Democracia cooperativa»: James PETIT, 1.000 francos.
- «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 500 fr.
- «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO, 1.360 francos.
- «Psicología humana»: Joao de SOUZA, 500 fr.
- «Límites y contenido de la metafísica»: DENEGUIER, 750 fr.
- «La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 500 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores, traducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
- «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del Matrimonio»: H. y A. STONE, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. JUNG, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARAÑÓN, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común», Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMNET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 fr.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
- «La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
- «Facito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
- «Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Froudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. LANTIER-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.
- «Froebel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento
4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)